



Pilar Lózano  
MANUEL  
URIBE ÁNGEL

EL MÉDICO Y GEÓGRAFO  
QUE AMÓ A SU PAÍS

Ilustraciones  
Liliana Ramos



COLCIENCIAS





col  
00976

Pilar Lozano

MANUEL  
URIBE ÁNGEL

EL MÉDICO Y GEÓGRAFO  
QUE AMÓ A SU PAÍS

Ilustraciones  
Liliana Ramos



COLCIENCIAS

\$15.000 17-03-99



**COLCIENCIAS**

Director: Álvaro Mendoza Arango

Subdirector de Programas Estratégicos: Hernán Jaramillo Salazar

Asesor de la colección: Jesús María Álvarez

Coordinación editorial: Julia Patricia Aguirre

Dirección editorial

y diseño general: Carlos Nicolás Hernández  
Tres Culturas Editores Ltda.  
Calle 12 No. 34-20  
Fax 360 08 85



Ilustraciones y fotomontajes: Liliana Ramos

Fotografía de la cubierta: Manuel Uribe Ángel,  
por Melitón Rodríguez. Archivo Biblioteca Pública Piloto de Medellín

Autoedición: Anacelia Blanco Suárez

Preprensa electrónica: Fitolito Colombia Ltda.

Primera edición: diciembre de 1998

ISBN: 958-9037-77-1

© Pilar Lozano

© Derechos reservados: Colciencias

Fax: 6251788

E-mail: info@colciencias.gov.co

Transv. 9A No. 133-28

Santafé de Bogotá, D. C.

Colombia - Suramérica

Impresión: Panamericana Formas e Impresos S. A.

Hecho en Colombia

Printed in Colombia - South America

## Contenido

Pág 5  
Cuadro número uno



Pág 13  
Cuadro número dos



Pág 21  
Cuadro número tres



Pág 29  
Cuadro número cuatro



Pág 39  
Cuadro número cinco



Pág 49  
Cuadro número seis



Pág 57  
Cuadro número siete

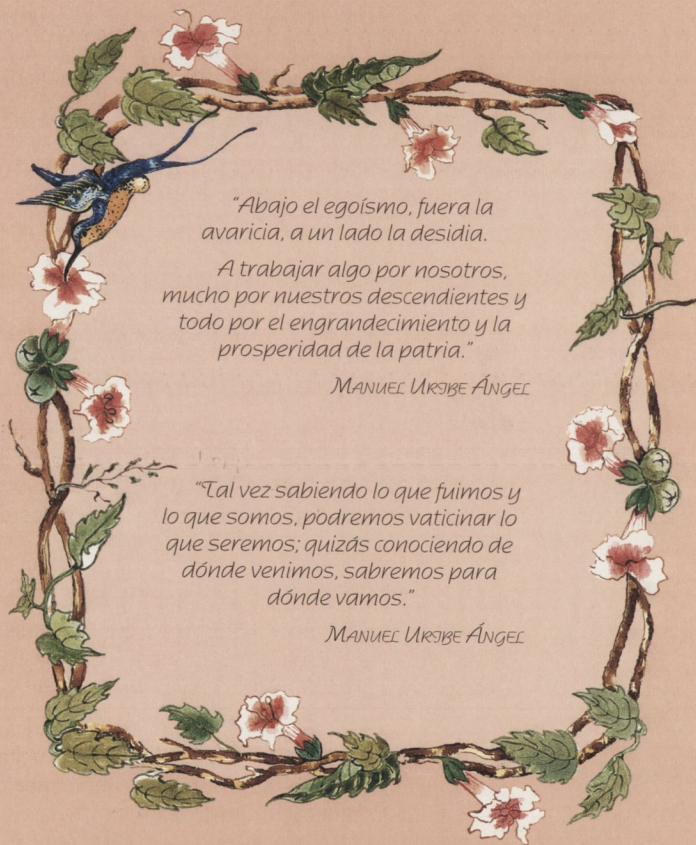


Pág 69  
Cuadro número ocho



Pág 73  
Cuadro final






*"Abajo el egoísmo, fuera la  
avaricia, a un lado la desidia.*

*A trabajar algo por nosotros,  
mucho por nuestros descendientes y  
todo por el engrandecimiento y la  
prosperidad de la patria."*

*MANUEL URSIBE ÁNGEL*

*"Tal vez sabiendo lo que fuimos y  
lo que somos, podremos vaticinar lo  
que seremos; quizás conociendo de  
dónde venimos, sabremos para  
dónde vamos."*

*MANUEL URSIBE ÁNGEL*

A watercolor illustration of a young boy with a wide-brimmed hat climbing a large, gnarled tree. The boy is wearing a light-colored shirt and shorts. The background shows a dense forest with green foliage and brown tree trunks.

## Cuadro número uno

Envigado, 1832. La población crecía escondida entre bosques de cipreses, cedros y guayacanes; de troncos tan erguidos y fuertes que los buscaban con empeño para hacer las vigas de las casas. De ahí el nombre de Envigado.

En La Magnolia, inmensa casona recostada en el camino que la unía con Medellín, vivían José María Uribe, su esposa María Josefa Ángel y sus hijos, entre ellos, Manuel de 10 años. Por entonces Antioquia era una de las 15 provincias de la Nueva Granada. Una mañana...



evántese hijo, venga a tomar su desayuno y vaya a casa de don Nicolás a traer una receta para su hermano.

Manuel se restregó los ojos y salió de un sueño que lo tenía en medio de un bosque persiguiendo unas extrañas mariposas verdes y anaranjadas, tan grandes como hojas de plátano.

—¿Sí?, padre.

—Hijo, Agapito sigue enfermo. Tiene que ir donde don Nicolás —repitió el padre con voz dulce—. Dése prisa; su madre ya tiene listo el chocolate.

—Con ese viejo regañón... ¡uff! —pensó en voz baja Manuel. Se enrolló en las cobijas, dio vueltas para un lado y para el otro antes de saltar trabajosamente de la cama. ¡No había escapatoria!

—Lo va a regañar ese médico gruñón —se burlaron sus hermanos, mientras tomaban el chocolate en la larga mesa en la que muchas veces se sentaron

los once hijos acompañados por sus padres. Conocían sólo de oídas al médico que vivía, más allá del río Medellín, en un punto llamado Guayabal, como a media legua.

—Le entrega esto al doctor —dijo el padre. Y le pasó un papel doblado que Manuel miró con curiosidad—. Van escritas las dolencias de Agapito.

—Corra de prisa; no se entretenga por el camino —recomendó la madre con el beso de despedida. Ella conocía las mañas de su hijo que se embolataba fácilmente con el canto de un pájaro o con el correr de los riachuelos que a montones regaban el valle de Aburrá, o con la maravilla de una flor.

—Este muchacho, con esa manía de curiosear tan fijamente todo, va a ser botánico o filósofo —comentó ella muchas veces al padre, admirada por los apuntes de Manuel. Hacía poco, al reprenderlo cuando demoró más de la cuenta haciendo un mandado, le salió con éstas:

“Me trepé en lo alto de un mangal y me entretuve mirando el verde de los prados repletos de reflejos de oro”. Esa tarde, como siempre, había regresado todo enterrado con los bolsillos llenos de piedras y de insectos.

Llegó al río Medellín acalorado; no aguantó las ganas de un chapuzón. Ya fresco siguió su camino. Se inventó un nuevo juego: tratar de atrapar un rayo de luz de los que se colaban por entre tanta copa de árbol junta. Le encantaba perderse en esa ‘selva salvaje’, como llamaban él y sus hermanos a los mangales, los bosques de madroño, pomos, guamos y ceibas que crecían a montones en su Envigado.

Cuando llegó a la casa de tapias y tejas, sintió que le temblaban las piernas. Se plantó un rato sin atreverse a dar un paso más. Le parecía aterrador cruzar la puerta. Pero ¡no había remedio! Infló el pecho y avanzó en medio de la alharaca de perros, gallinas y gallos. Cruzó la sala y una puerta lateral lo llevó al despacho del doctor.

—¿Qué quieres, perdulario? —dijo una voz que lo sacó de golpe del repaso que hacía del extraño lugar: el cuarto, la ventana sin protección, el piso de tierra pisada, la mesa a medio caer...

Alzó la cabeza y sintió la mirada de unos ojos claros, pequeños y muy profundos que lo atravesaban de lado a lado. Salió del aturdimiento. Los



ojos estaban en la cara de un hombre anciano, envuelto en una larga cabellera y una barba desordenada y gris que, a duras penas, dejaban ver una nariz grande, una boca en extremo delgada y unos cachetes rosados. Vestía ropas muy pobres; iba descalzo.

—Esto le manda mi padre, José María Uribe —dijo Manuel y estiró el papel. El viejo lo recibió, lo leyó en voz alta mientras se acercaba a la mesa. Tomó la pluma y al reverso anotó la receta.

—Toma, si no se alienta el enfermo, vuelve mañana.

Al día siguiente y al siguiente, cumplió el mismo mandado. Se fue encariñando con el doctor y pronto sintió que era adorable.

En el despacho no había bancas ni taburetes. Por eso los campesinos esperaban su turno recostados contra la pared, de pie o en cuclillas. Manuel prefería hacerlo en cuclillas. Algunos llevaban en calabazos muestras de orina para que el doctor les echara un vistazo; otros llevaban gallinas como regalo de gratitud, pues don Nicolás se enojaba si alguien se atrevía siquiera a insinuar la pregunta sobre cuánto le debía.

“¿Qué tal va su gallo?, ¿listo para la pelea?”, “¿y las disputas entre Gloria y Pedro?, ¿ya están que separan las cobijas?”, preguntaba a uno y otro entre consulta y consulta, todo sin dejar de pasear por el rústico salón.

A veces actuaba con picardía. Un día fue inevitable no soltar la risa. Una mujer, sin levantar la mirada del piso, respondió así cuando el médico le pidió que recitara sus males.

—Es una cosa aquí en el vientre y en el pecho que como que me sube y como que me baja...

—Uh... —la escuchaba don Nicolás atentamente. Permaneció un rato en silencio y al final dijo:

—Perfectamente. Haga usted como que pone y como que no pone unas gotas de nitro dulce en una pulcetilla de agua de azúcar, y después haga como que toma y como que no toma y quedará buena.

La mujer quedó confundida y don Nicolás le repitió de otra manera la fórmula.

Al quinto día, cuando Manuel le alargó el papel enviado por su padre, el médico lo sorprendió con una pregunta:



—¿Sabes escribir, pilluelo?

Medio asustado, medio aturdido, asintió, primero con la cabeza y luego en voz alta.

—Entonces, siéntate y copia —ordenó. Manuel obedeció, se sentó a la mesa, alcanzó una pluma de pavo y sin pestañear siguió el dictado.

—Lo haces bien. ¿Quién te enseñó?

Contestó que iba a la escuela pero que siendo más pequeño, una tarde, cuando jugaba en el bosque con sus hermanos, uno de ellos, el mayor, bajo la



Es casa donde nació, en Sanzapala,  
el 4 de Septiembre de 1879, el  
señor don Manuel de los Angeles.  
Busca esta fotografía en el  
Museo de Sanzapala.  
Dr. Don Juan Antonio  
del 10 de Mayo 1916

sombra de un aguacate envejecido, sobre hojas de plátano y con punteros de cañabrava, le enseñó las primeras letras. Continuó ensayando en cajas de arena o en hojas de chagualo usando punzones para rayar.

—¿Qué te parece si te considero desde hoy mi amanuense? —soltó, sin más arandelas don Nicolás—. No es fácil cada día hacerme a uno entre los concurrentes.

Era apenas un mocoso; el título de amanuense le pareció tan enorme que sintió que ingresaba al mundo de los grandes.

—¡Soy escribiente, escribiente de don Nicolás! —entró gritando a la casa.

Al otro día se adueñó de su sitio de trabajo. Se sentó en una silla forrada en cuero de vaca sin preparar, y se acercó a la mesa desvencijada que se mantenía en pie por los mil amarradijos hechos con cabuya. Cogió la pluma y cuidadosamente se estiró para empaparla en tinta de guaranga y caparros en el tintero, que no era más que un fragmento de botella catalana.

Llegaron días difíciles. Con las epidemias —“las pestes”, como las llamaba don Nicolás— tan comunes por esos tiempos, los pacientes llenaban el despacho, la sala, el corredor y el frente de la casa en verdadera aglomeración. Manuel regresaba a La Magnolia cansado después de haber copiado más de cien recetas.

No atendía las invitaciones de sus hermanos a jugar con corozos, elevar cometas, lanzar trompos, ensartar perinolas tiradas con hondas de cabuyas. No renunció, eso sí, a lo que más le gustaba: la guerra de boñiga, para la cual tenía una especial puntería.

Y dejó de ir adonde doña Gertrudis de la Calle, la anciana que los obligaba a arrodillarse y rezar quince padrenuestros por las benditas almas del purgatorio y, a cambio, les daba libertad para ingresar a su patio y comerse todas las naranjas que quisieran. Muchas veces se encontró, en medio de la comilona, apenas correteando, a su paisano Marceliano Vélez, un niño de tan sólo dos años.

Cuando la clientela era escasa y don Nicolás no tenía tareas pendientes con sus animales, quedaba tiempo para platicar. Manuel conoció historias de los viejos curanderos y curanderas. Le inquietó la vida de uno llamado Fabio que extirpaba tumores y se atrevía a amputar brazos y piernas. Nadie sabía de dónde había sacado licencia para actuar de curalotodo.

—Tan temerario fue este hombre —contó don Nicolás a su pequeño amanuense—, que un poeta le escribió el siguiente verso:

*Fabio se ha metido a médico  
por hacerle vuelta al hambre  
y a los enfermos que coge  
les corta el vital estambre.*

*Sepan las autoridades  
que éste es un negocio serio  
o atajar el paso a Fabio  
o agrandar el cementerio.*

Pasaron días y meses y, de tanto ver a don Nicolás haciendo diagnósticos y recetando con rapidez, aprendió a distinguir medicinas frescas y calientes y descubrió el principio básico que guiaba a su maestro: buscar calma al organismo si el doliente tenía síntomas inflamatorios, y tratar de levantar la fuerza a los que parecían tan débiles que no eran capaces de sostenerse en pie por mucho rato.

Observando y observando aprendió síntomas, memorizó fórmulas, y un día, sin saber muy bien cómo, ocupó el puesto del doctor. Ocurrió así:

Nicolás, embolatado en los asuntos de la rifa de una res, lo dejó solo en el consultorio. Uno de los pacientes miraba, con sus ojos inmensos y tristes, al niño sentado a la mesa, pluma en mano. Estaba acomodado en el piso y tenía la cabeza medio escondida en un sombrero de palma.

—¿Qué solicita usted, amigo? —preguntó finalmente Manuel, con aire de seriedad y conmovido por esa mirada llena de desamparo.

—Vengo por una receta, amo —fue la respuesta.

—Y ¿para quién?

—Para un hermano que tiene la peste.

—¿Trajo usted papel? —indagó, pues sabía ya que éste era todo un lujo y corría por cuenta del doliente.

Recibió una hoja arrugada, y continuó el interrogatorio que conocía al dedillo.

—¿El enfermo tiene sarro en la lengua?

—Sí, señor.

—¿Blanco, amarillo o negro?

—Negruzco.

—¿Sequedad en la boca?

—Como la de un loro.

—¿Vómito?, ¿sed?, ¿delirio?, ¿calentura?, ¿causón?...

El campesino, ya de pie, descalzo y en camiseta mulera, fue contestando con timidez. Manuel escuchaba atento. Sin dudarle empezó a escribir: "Tomar en el día tres vasos de una tisana compuesta por una pucha de suero, un puño de verdolaga, raíz de grama, borraja, cerraja, perejil, vendeagujas y espadilla, agregándole treinta gotas de espíritu de nitro dulce, once granos de sal de nitro, una cucharada de miel de abejas y un terrón de azú..."

Dejó la palabra a medio empezar; un ruido le avisó la presencia del maestro. Levantó la cara: ahí estaba con el ceño fruncido. No encontró camino distinto a continuar; repitió la palabra inconclusa:

"...azúcar. Por la noche le pondrá una lavativa de cocimiento de malva, bledo, batatilla, tamarindo, cañafistula, y panela". Repasó la fórmula y la entregó al labriego con una palmadita en el hombro. Para que la consulta resultara completa, le recomendó:

—Vuelva mañana si lo considera prudente...

—¿Qué hacías, picaruelo? —interrogó muy serio don Nicolás.

—Recetaba al hermano de este hombre.


—Lee lo que has escrito —ordenó entre duro y cariñoso. Y a medida que escuchaba lo que Manuel leía, temeroso de la reprimenda, a don Nicolás se le iba ablandando la cara.

—¡Cuánto has aprendido, muchacho! —dijo orgulloso. Salió al patio, llamó a uno de los participantes en la rifa, muy amigo del padre de Manuel.

—Miguel, ¡ven acá! —le colocó la mano en el hombro y, mirando a su amanuense, afirmó:

—No sabe mi compadre José María lo que tiene, en este cochinillo. Dile, que digo yo, que lo mande al colegio porque con el tiempo podrá ser una gran cosa.

Dos años después, convertido en un muchacho de catorce, con baúles y petacas, Manuel emprendió viaje a Bogotá a seguir sus estudios.



## Cuadro número dos

*A finales de 1845, Manuel Uribe Ángel regresó a la casa paterna luego de recibir su cartón de médico en Bogotá. Hasta Nare fue un viaje delicioso en compañía de sus amigos Emiro Kastos, periodista, y Ricardo de la Parra, médico, periodista y juriconsulto. Fue testigo de la competencia poética que, a lomo de mula, sostenían sus amigos. Se perdían en el monte, cada uno por su lado, y al rato aparecía, con un poema lleno de hipérboles, el uno y, con versos llenos de verdades, el otro. [Llegando a casa, advirtió con desconsuelo y preocupación que su "selva" de niño había cambiado. " Aquí faltan muchos árboles", y pensó también con pena en su maestro don Nicolás...*



adre, ¿los árboles? —preguntó al bajarse sudoroso y enmugrado de la mula.

—Los tumban, hijo —fue la respuesta. En Antioquia tenemos la triste hazaña de acabar, a golpe de hacha, cuatro veces más fanegadas de bosques que en el resto de la república. Poco interés hay en resembrar.

—¿Y don Nicolás? —averiguó, luego de empaparse de las nuevas familiares.

—Si no ha muerto, está por morir. Hasta ayer estaba gravemente enfermo.

Al día siguiente, muy de madrugada, fue a buscar al maestro. Encontró todo igual: la casa de piso de tierra pisado, con un solo corredor al frente y sin barandas. El cuarto, con sus desvencijados muebles en el mismo lugar. A la cabecera del moribundo estaba doña Tomasa, su vecina de siempre. Le colocaba bayetas mojadas en agua de malvasisco.



Se acercó al enfermo sin hacer ruido. Se le arrugó el alma al comprobar que estaba agonizante. Lo vio empequeñecido, empapado en sudor, la piel de cera y los labios quebrados, como tierra de desierto.

—Tiene la muerte cerquita —comentó, en voz baja, la mujer.

Manuel acercó el taburete; le sujetó la muñeca para sentirle el pulso. Nicolás abrió lentamente los ojos. Sonrió con dulzura al descubrir esos ojos garzos profundos y desteñidos, que él conoció en una cara de niño, enmarcados ahora en una cara de hombre. Lo detalló: era un joven vigoroso, de frente ancha y nariz perfilada, con aire de aventajado. No había crecido mucho y el pelo era aun más amarillo. Con voz débil, pero clara, exclamó emocionado:

—¡Manuelito! —sonrió nuevamente y cerró los ojos agotado por el esfuerzo.

Manuel levantó la sábana y descubrió un pecho consumido por una inmensa úlcera cancerosa. “Perdió la batalla”, comprendió adolorido.

Don Nicolás —como lo contó él mismo muchas veces— se hizo médico para luchar contra un cancroide que atacó su nariz cuando era muy joven. Se encerró en la habitación con los pocos libros de ciencia que su padre médico poseía, y salió tres años después alentado y, además, docto y perito en el arte de curar.

—Tomasa —pidió a la mujer—, vaya usted a descansar. Yo me encargo de los cuidados del doliente. Cuando la mujer se marchó tomó la mano de don Nicolás.

—Agora —anunció, pues se acordó que al maestro le gustaba usar palabras arcaicas: prefería decir ‘agora’ en vez de ‘ahora’ y ‘maguer’, en vez de ‘aunque’ —soy médico estudiado como usted quiso.

Lo dijo orgulloso pero en un susurro. Temía incomodarlo. Por el apretón de mano supo que el viejo lo escuchaba. De su maletín sacó el estetoscopio, una especie de pequeña corneta de madera. Lo colocó en el pecho de su paciente y escuchó un agotado corazón. A sabiendas de que todo era ya inútil, le hizo una unción de aceite de almendras en los brazos y preparó una lavativa de manzanilla. Quería, al menos, darle un alivio.

Lo invadió la nostalgia. Sin saber por qué, sintió que no podía dejar escapar al maestro sin contarle retazos de sus siete años de vida en Bogotá. Con voz suave, casi en un murmullo, empezó a evocar:



—Bogotá es de calles estrechas y no todas cortadas en ángulo recto... Las ventanas están forradas en hierro, sus muros son blancos y los techos de tejas rojas... No hay calle sin mendigo suplicando una limosna por el amor de Dios...

Se detuvo, aunque su historia apenas comenzaba. Para ilustrar su narración le hacía falta un plano. Fue una costumbre que tuvo desde niño y creció con el tiempo: ubicar muy bien los lugares sobre los que iba a hablar o a escribir. "Formar la topografía equivale a disponer el escenario, adornándolo con sus decoraciones naturales". Recorrió con la mirada el cuarto y vio en un rincón la desvencijada mesa amarrada con cabuyas; caminó hasta ella. Sobre ésta encontró, colgado del mismo clavo, el cuerno de res con agua a la mitad. Contó: una, dos, tres, cuatro y cinco plumas de pavo perfectamente conservadas.

"Las mismas" pensó, y se vio en su primer día como amanuense encaramándose sobre la silla para alcanzar una. Don Nicolás le advirtió en aquel momento:

—Cuando termines, la dejas ahí mismo, para que la sequedad del aire ni la altere ni la rompa —Jamás olvidó el consejo; siempre cuidó sus plumas como un preciado tesoro.

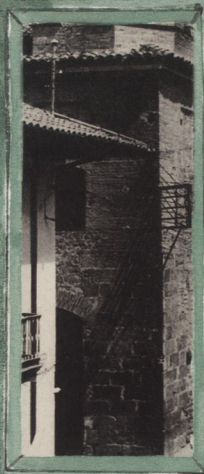
Rápido hizo el dibujo de la fría ciudad. Trazó sus pocas calles, entre ellas la de Florián, la Real, la de los Plateros... Luego colocó la plaza de Bolívar, la catedral, el colegio de San Bartolomé, el del Rosario, el Observatorio, la capilla de San Ignacio, la plaza de las Aguas, San Diego, San Victorino y el hospital San Juan de Dios; el Congreso, el Palacio de San Carlos... Pintó a espaldas de la ciudad sus montañas y los ríos San Agustín, San Francisco, Fucha, Boquerón y el Arzobispo, donde iba a bañarse en los días de asueto decembrino.

Regresó a la cabecera dispuesto a narrar sus correrías por estos sitios. El viejo dormitaba. No hizo nada para detener sus memorias; sentía una especie de obligación de hablarle al maestro. Para hilar mejor sus recuerdos, evocó uno a uno los sitios y recreó las imágenes que libremente se le ocurrieron.

Empezó con el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, situado tres manzanas al norte de la catedral, donde recibió las insignias de colegial luego de aprobar con éxito un examen en el cual le preguntaron de todo y después de demostrar que padres, abuelos y la parentela en pleno eran



Plaza de Bolívar, en Bogotá



“limpios de sangre” y no había ni sombra de infamia o trabajo vil en el pasado de ninguno de ellos.

Revivió las tardes que estuvo en su cuarto, contiguo a la capilla, batiendo chocolate, en medio de largas y animadas tertulias con amigos, esperando el toque de campana y el cierre del portón a las nueve de la noche. “Leíamos con entusiasmo los catecismos que había ordenado imprimir el general Santander para difundir la doctrina republicana, contó—. Me empecé a sentir republicano hasta la médula de los huesos”.



Iglesia de Santa Clara,  
en Bogotá

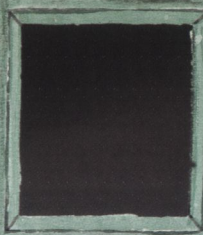


Hospital San José, en Bogotá

Le pareció escuchar los pasos del rector quien, noche tras noche, en sus rondas abría, uno tras otro, los cuartos de los colegiales y los llamaba: “Emilio, Próspero, Pío Quinto...”. Trataba de evitar que alguno, antojado de un baile, hiciera ‘culebrillas’, que no era cosa distinta a escurrirse, con ayuda de lazos, por los ventanales del plantel.

Un repentino ataque de tos del enfermo interrumpió sus remembranzas. Levantó la cabeza del agonizante y la mantuvo así hasta que se le normalizó la

Patio principal del Colegio del Rosario, Bogotá



respiración. Le revisó el pulso, limpió con un pañuelo las gotas de sudor y volvió al pasado.

La calle Real: la más importante. Muchas veces fue escenario del pugilato entre los estudiantes del Rosario y los del San Bartolomé. Los segundos llamaban a los primeros 'piojos' y éstos, a los otros 'chorizos'. Lo que empezaba en batalla de palabras, con frecuencia, seguía en los puños y terminaba en reñidas competencias intelectuales en los actos públicos literarios.

Pasó a la calle del Coliseo, donde estaba el palacio de San Carlos. Reconstruyó este episodio: una tarde que estaba en un corrillo de amigos, en el primer piso del colegio, se acercó el rector José Duque Gómez y les ordenó:

—Ustedes, inmediatamente ¡pónganse el uniforme y vengan conmigo!

Sonrió, pues se figuró vestido de colegial: “Me sentía disfrazado mitad fraile, mitad clérigo, con ese bonete negro con dos borlas, chaqueta, pantalón, medias y zapatos negros, y esa franja blanca —la beca— cruzada en el pecho con el escudo de armas del colegio prendido al lado izquierdo”, contó jocosamente al maestro. Medio sofocado llegó al palacio de San Carlos.

La muchedumbre colmaba las galerías. José Ignacio de Márquez reemplazaba, desde ese día, en la primera magistratura al general Santander. El genio gritaba enardecido, unos apoyando a Márquez, otros a Santander.

Ese día Manuel sintió de cerca los odios políticos que desgarraban al país que apenas se estaba formando. Poco a poco, aprendió a distinguir los matices de las inquinas y las ojerizas: santanderistas y bolivarianos, clericales y anticlericales, federalistas y centralistas, moderados y progresistas, militares y civilistas.

Don Nicolás dormitaba; su rostro se había hecho más suave.

“Sé que me escucha y siente agrado”, pensó Manuel. Y se dejó llevar de nuevo por las viejas imágenes de Bogotá. Esta vez la plaza de Bolívar. Recordó lo mucho que gozó recién llegado, en los atardeceres, mirando a los personajes de la gran ciudad andar por el paseo que separaba la catedral de la plaza. Era el lugar donde se reunían, de cuatro y media a seis de la tarde, las eminencias de la literatura, la política y la milicia neogranadina.

Allí vio por primera vez al general Santander: sombrero de paja en la cabeza, abrigado, desde el cuello hasta cerca de los talones en burdo y

atrochado levitón. No aguantó la curiosidad y se acercó. Hablaba con Alejandro Vélez y José María Obando sobre educación: "En los países en formación, ésta debe ser la primera tarea del Estado", le escuchó decir a Santander.

Otra vez el plano. Se fijó en el Observatorio Astronómico: el más antiguo de América, el sitio preferido por él y sus amigos Emiro y Ricardo para detenerse al atardecer. En juego, se ingeniaban gran cantidad de maneras de ingresar a esa torre octogonal. Una tarde, mirando hacia lo más alto de la torre, donde estaba el puesto del observador, Ricardo tuvo esta ocurrencia: "El espíritu humano inventará un día un telescopio curvilíneo con el cual podrá uno dirigir la mirada alrededor de la tierra y verse perfectamente la nuca". Los tres amigos rieron con esta idea loca.

Para descansar de las piernas que empezaban a entumirse, Manuel caminó por el cuarto y repasó uno a uno todos los objetos. En un rincón, debajo de una cuja forrada en cuero de res, halló una caja de madera que no recordaba haber visto antes. Curioso la abrió. Estaba llena de libros. Tomó uno; se sorprendió al oíjearlo. Era de Cullen, un médico de Edimburgo que llegó a ser famoso por sus doctrinas avanzadas sobre estados febriles.

—¡El tío Nicolás! —exclamó en medio de una profunda ternura que le salió del alma al conocer el secreto del maestro moribundo. Y desde entonces lo siguió llamando 'tío'.

Regresó a la cabecera del enfermo. En su revisión del pasado le llegó el turno al hospital San Juan de Dios, en la calle San Miguel, cercano a un río pequeño llamado San Francisco, el mismo que corría frente al colegio del Rosario. Pasó mucho tiempo en ese edificio de dos pisos, que amenazaba ruina y contaba con una sala especial para febricitantes. El hospital servía de aula de clases para estudiantes de la facultad de medicina de la Universidad Central, creada por Santander, y donde se matriculó, luego de terminar sus estudios de filosofía y latín en el Rosario.

Su vida universitaria le llegó al tiempo con la revolución que duró más de dos años y con la epidemia de viruela que no dejó casa de pobre sin golpear. La mecha de la revuelta se prendió en Pasto. Cuando la revolución llegó a la capital vio trincheras y fusilamientos.

La facultad de medicina se puso al frente de la emergencia generada por la viruela. El profesor de patología médica y quirúrgica José Félix

Merizalde organizó hospitales de virolentos y la oficina de vacunación. A su lado siempre estaba Ignacio de Quevedo, también profesor y también, como Merizalde, médico de cabecera del general Santander.

“Ese seño” —le revelaron a Manuel cuando vio por primera vez a Merizalde—, es el hombre que más ha dictado clases de medicina; el que ha recetado al mayor número de pacientes; el que ha recibido más niños y ha vacunado más gente, el que más cuenta anécdotas y publica más hojas sueltas en todo Bogotá.”


De inmediato se interesó por él. Supo que el doctor Merizalde fue alumno de Mutis, y que, en tiempos en que servía de médico y alférez a las fuerzas de la Independencia, cayó prisionero de los realistas y asistió dos años a las filas enemigas.

Se acordó de la más sabia de las enseñanzas de este médico y profesor: “La medicina consiste en la observación, y la observación es la inclinación del espíritu a examinar los objetos y comprender y apreciar con prontitud sus relaciones y diferencias”.

Lo dominó el cansancio; se abrigó con la ruana, recostó la cabeza sobre la cama y se durmió. En sueños vio a un hombre amarrado con fuertes fajas en las piernas, los brazos, el cuerpo y el cuello; le ataron a la faja de la nuca una fuerte sogá, y la echaron por encima de una viga. La templaron y el aporreado quedó de pie sobre una banquetá sostenida por otros. A una señal, zafaron la banquetá y templaron la sogá. Durante uno o dos segundos estuvo el pobre hombre suspendido en el aire, como un ajusticiado en la horca. Luego dio un tremendo grito y agitó piernas y brazos con violencia.

Manuel se despertó asustado. “Esto me pasa por torear los recuerdos.” La historia soñada la vivió recién llegado a Bogotá. Un hombre se cayó del caballo y por encima le pasaron varios jinetes. Lo llevaron sin demora a donde el famoso doctor Ricardo Cheyne, y éste le aplicó el tratamiento de fajas y sogas para acabar con toda dislocación. De inmediato, bañaron al herido en agua fría, vinagre y varias pócimas, y, completamente maltrecho, se durmió y no despertó en muchas horas.

Era ya medianoche. Manuel notó que el pulso de su primer maestro se hacía poco a poco más lento; no sentía clara su respiración. Tomó su mano entre sus manos, y permaneció así hasta cuando ya el sol empezó a colarse por el hueco de la ventana. A esa hora, el tío Nicolás murió.

The background of the page is a detailed illustration of a desk. In the upper left, a glowing oil lamp hangs from the ceiling. On the desk, there is a quill pen in a holder, a scroll with handwritten text, and various writing instruments. The desk is made of wood and has a green cloth draped over part of it. The scene is lit with a warm, yellowish light from the lamp.

## Cuadro número tres

1853. Manuel Uribe Ángel regresó otra vez a su casa paterna tras un largo viaje que lo llevó, primero, a Ecuador y Perú, y luego más lejos cuando atravesó el Atlántico y fue a dar a París. Volvió con nuevos diplomas de medicina, con experiencias en prácticas curativas hasta en las selvas del Amazonas, con libros y apuntes de los debates médicos que agitaban el mundo de la ciencia.



uidado! —gritó al que le ayudaba a bajar la carga de las mulas. En el bulto iba su máspreciado tesoro: un escritorio de mesa, portátil. Al abrirlo aparecían los cajones para plumas, papeles y tinteros. Cerrado, era un pequeño baúl con dos manijas para hacer cómodo su transporte.

Y este mueble ocupó siempre un lugar especial en la inmensa casa de dos pisos y altísimo, justo a medio camino entre la catedral y el puente Palacé, adonde se trasteó luego con su mujer Magdalena Urreta, hija del coronel Gregorio María Urreta. Siempre estuvieron juntos el pequeño escritorio, las plumas de ganso, las de acero y los arrumes de papel.

Medellín crecía encajonada: las montañas la cerraban al oriente, y el río Medellín le cortaba el paso al occidente. Las calles eran cóncavas en el centro y altas en las aceras, “calles canoa”, las llamaba Manuel. Cuando llovía, por el medio corrían precipitados arroyos.

Encontró a muchos de sus colegas entusiasmados con las teorías del francés Broussais que veía en todo

mal signos de inflamación. No se atrevían a recetar nada distinto a emolientes y refrigerantes, sangrías y dietas, que resultaban a veces tan malignas como el mal.

Sangradores y barberos, armados de estiletos, navajas y punzones, cumplían con la tarea de hacer sangrías hasta el “desfallecimiento” del paciente. Cortaban y esperaban con calma que seis u ocho onzas de sangre cayeran al platón colocado en el piso. Se suponía que esto disminuía la congestión y el doliente podía respirar mejor al “evacuar la abundancia de sangre y de humores”.

Uribe no estaba de acuerdo con estas prácticas. Pero tampoco confiaba en los ingleses colocados al otro lado: todo mal era señal de desfallecimiento y debilidad y se limitaban a dar tonicidad y estímulo a los indispuestos.

—El error está en cualquiera de los extremos —le dijo a Ignacio de Quevedo, quien había sentado sus reales desde hacía diez años en Medellín—. Para mí, la verdad hay que buscarla en el medio.

De Quevedo seguía teniendo cara de prócer, y su habilidad al usar escalpelo y cuchillo lo habían hecho toda una celebridad en la ciudad. Recién llegado solicitaron sus servicios en casa de doña Ana Joaquina de Echavarría. El parto se complicaba y las comadronas no sabían que hacer. Sin dudarlo un instante, el médico dio órdenes para la operación.

—¡Sábanas y bayetas limpias!, ¡agua tibia y jabón! ¡Que alguien tenga lista una copa de aguardiente o ron...! —gritaba mientras escarbaba su maletín, sacaba el escalpelo, tijeras, pinzas y se arremangaba las mangas de la camisa.

Ana Joaquina se convirtió así en la primera paciente *in vivo* de América Latina en someterse a una cesárea. Permaneció adormecida a punta de aguardiente y opio. Años después, De Quevedo fue el primero en remplazar aguardiente y opio por un pañuelo empapado en cloroformo.

Ideas llegadas de Europa y Norteamérica empezaron a romper el círculo cerrado de la medicina en Antioquia.

La geografía alborotaba también el ambiente intelectual de Medellín. Meses antes del regreso de Uribe Ángel, el Colegio Provincial se engalanó de fiesta para recibir al geógrafo coronel Agustín Codazzi y a su séquito de escribientes, botánicos y dibujantes. Fueron agasajados como héroes luego de una larga exploración.



La prensa empezó a divulgar los informes de lo visto por estos científicos a su paso por Mariquita, el páramo de Herveo, el nacimiento caserío de Manizales—donde se detuvieron más de lo pensado e hicieron el trazado de la plaza—, Salamina y Rionegro. En acto especial, entregaron a las autoridades el mapa de la región estudiada.

Manuel Uribe devoró con interés estas reseñas y los apuntamientos de los viajeros nacionales y venidos de lejos, que se habían atrevido a cruzar las montañas de Antioquia. Los escritos meteorológicos, geológicos y barométricos del francés Boussingault, quien midió las alturas y estudió las aguas, y los relatos del barón Von Humboldt sobre sus correrías por tierras granadinas.

Y tuvo una idea que empezó a crecer y a crecer. Se la comentó una tarde, mientras paseaba por el bosque de Envigado, a su amigo Emiro Kastos.

“Sería conveniente y provechoso para el país que toda persona que se encuentre en actitud de escribir bien o mal, recogiera sus impresiones de viaje, por corto y por insignificante que éste fuese. Las ciencias ganarían inmensamente con ello.”

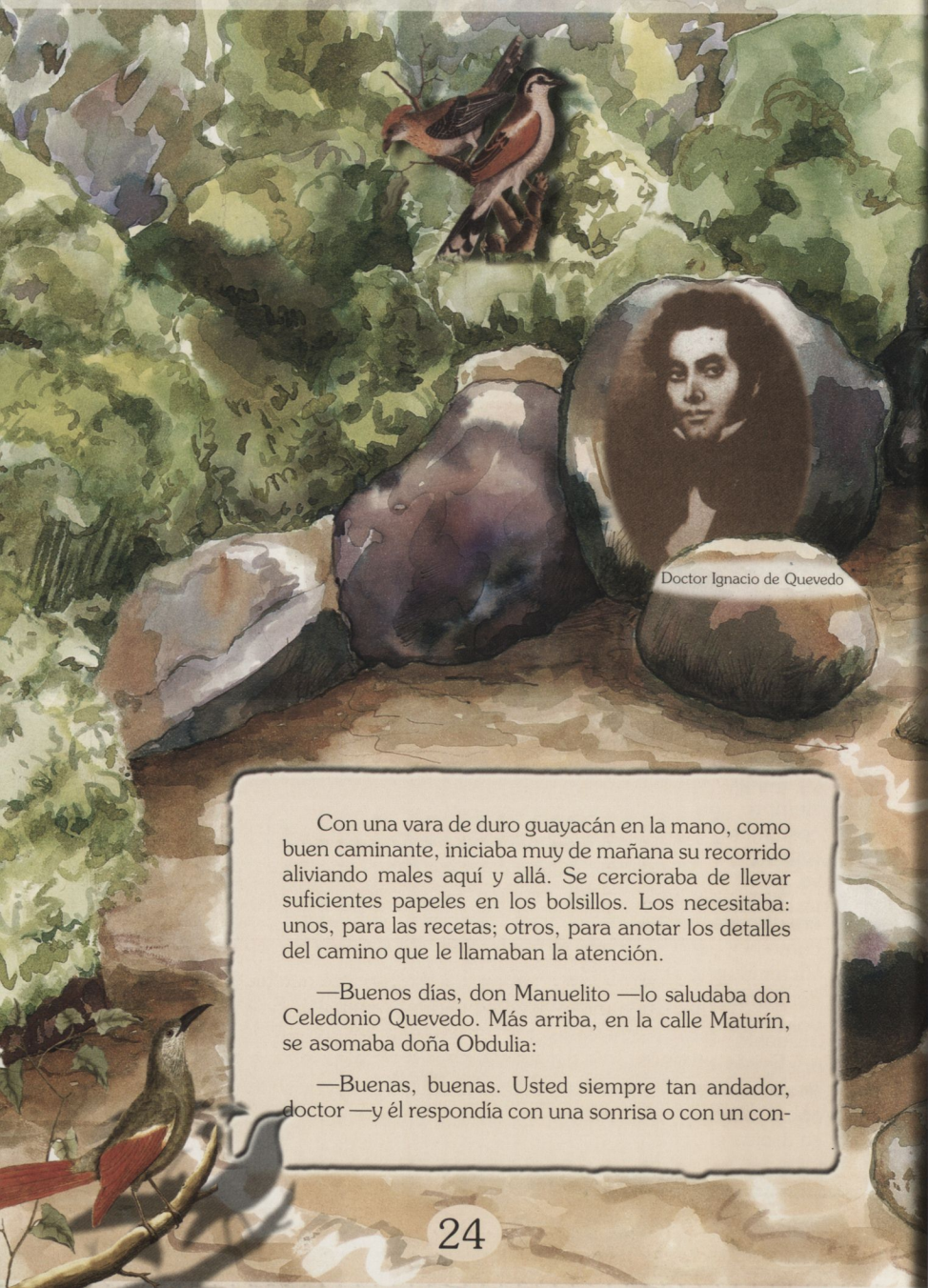
La puso en práctica de inmediato.

—Las malas influencias se contagian —afirmó entre risas al mostrarle a Emiro Kastos sus primeros apuntamientos, una especie de memoria de un recorrido por el valle de Aburrá. No se le escapó detalle. Aparecían todas las quebradas que cruzaban el valle y el porqué de sus nombres; Emiro quedó asombrado.

—Me vas a desbancar —comentó en tono de chiste. Emiro, que vestía siempre con desgaire, estaba dedicado de lleno a contar con palabras costumbres, hechos políticos e históricos. Se le conocía por su agudeza al polemizar.

Esa tarde los dos amigos conversaron de historia y de literatura. Emiro era delgado y de piel blanca; caminaba por el bosque con la cabeza inclinada, como ido, perdido en la historia de Grecia y Roma, en los escritos de Plutarco, Víctor Hugo o Shakespeare. A ratos, se quedaba como absorto, tan desligado del mundo que Manuel tenía que hacer alguna seña, algún ruido para que lo volviera a acompañar.

Desde entonces, Manuel, a más de médico, empezó a ser un poco geógrafo e historiador y un poco escritor. Publicó su primer libro. Un tratado sobre minería en Antioquia. “Podría decirse, sin hipérbole, que en Remedios se asolea el oro en cueros”, anotó en esa ocasión.



Doctor Ignacio de Quevedo

Con una vara de duro guayacán en la mano, como buen caminante, iniciaba muy de mañana su recorrido aliviando males aquí y allá. Se cercioraba de llevar suficientes papeles en los bolsillos. Los necesitaba: unos, para las recetas; otros, para anotar los detalles del camino que le llamaban la atención.

—Buenos días, don Manuelito —lo saludaba don Celedonio Quevedo. Más arriba, en la calle Maturín, se asomaba doña Obdulia:

—Buenas, buenas. Usted siempre tan andador, doctor —y él respondía con una sonrisa o con un con-



sejo de su recetario. Cuando el recorrido iba más allá de los linderos de la ciudad, utilizaba a Polión, su hermoso caballo blanco.

Hacía tantas paradas que el camino se alargaba. Si veía una piedra rara en el fondo de una quebrada, no tenía agüero: se mojaba con tal de atraparla. En cuanto charco o abrevadero se le cruzaba, se detenía y tomaba una muestra de agua. La examinaba. Si la encontraba malsana, regresaba para advertir a los campesinos:

—No es sano que beban de aquí; no es apropiada ni para los animales.

Una tarde cuando pasaba frente a una vivienda, de ésas en las que el patio seguía a la casa, el huerto al patio, el platanal al huerto y la dehesa al platanal, y tenía además un jardín lateral y un segundo huerto en el que se cultivaban hierbas medicinales muy socorridas en caso de enfermedad —quina, eneldo, poleo, yerbabuena, malva, hinojo, bledo, malvavisco, perejil— escuchó un vocerío. Se asomó para ver qué provocaba tamaña alharaca.

—¡Mi Dios me lo trajo! Doctor, siga que mi nieto, en estico, se tragó un mugre —llamó alarmada una mujer.

Uribe atendió el llamado, sacó rápidamente sus varillas de ballena, buenas para extraer o empujar objetos extraños. Resultó que el pequeño tenía atorada en su garganta la pepa de un mamoncillo. Luego de sacarla, Uribe arrimó su boca a la del niño y le pasó 'el soplo vital'. Para terminar de resucitarlo, ordenó que le dieran un baño en una ponchera con agua tibia.

Pasado el peligro, se sentó en una banca, se quitó el sombrero, pues del afán no reparó en hacerlo antes, encendió un cigarro y se puso a hablar con el abuelo.

—¿Recuerda usted —le preguntó a este campesino avejentado— que hace un tiempo una fórmula podía tener hasta veinte plantas distintas como ingredientes, y era necesario que una falange de comisionados anduviese por huertas y jardines, prados y rastrojos, bosques y colinas, cerros y breñas, buscando matas tan raras como la aristoloquia, la cascarella o la zarzaparrilla?

El viejo soltó una carcajada cómplice y Manuel siguió el juego de hacer memoria.

—Para la preparación eran necesarias multitud de vasijas. En una se clasificaba el suero, en otra se preparaba el almíbar, en aquélla se hervía una tisana, y más allá se sazónaba el caldo o se confeccionaba un clisterio.

El abuelo se acomodó mejor y entró en la charla. Para reafirmar lo dicho por don Manuelito, contó que una vez le dieron tal cantidad de apósitos, emplastos, fricciones, unturas, lavativas y purgantes que lamentó por mucho tiempo haber caído en manos del tal doctor.

De cuando en cuando, Uribe se cruzaba con sus amigos guaqueros. Conocía su modo de vida y por eso los comparaba con tribus nómadas, con jefes y costumbres aparte. Andaban por los caminos armados de mediacañas, regatones, azadones y palas, rastreando tumbas en las regiones reputadas como ricas en entierros indígenas.

Llegó a pensar que sufrían del mal de “sarcófagomanía”. No medían el peligro, querían a toda costa el oro de los entierros. Las piezas de cerámica o piedra para ellos no tenían ningún valor.

“Cada vasija de barro y cada instrumento de piedra que se destruya es una pérdida para la ciencia”, repetía a los que querían escuchar.

—¿Es cierto, doctor, que en Antioquia los indios fueron, en número, muy pocos? —le preguntó uno de ellos.

—Yo, que he tenido la paciencia de estudiar historia con un poco de atención, atribuyo esto a la actividad sanguinaria del conquistador —opinó Manuel.

A sus tareas de médico, geógrafo, historiador, escritor, agregó pronto la de profesor.

Por calles y caminos, empezaron a verlo en compañía de Joaquín Castilla y otros jóvenes. A falta de facultades de medicina, algunos médicos aceptaron discípulos particulares. Aprendían el arte de curar de tanto mirar y escuchar al maestro. Por su cuenta, estudiaban anatomía en esqueletos que ellos mismos armaban con huesos conseguidos en el cementerio de San Lorenzo, el de los pobres.

Con su séquito de estudiantes, se hicieron más largas las paradas en el camino. Muchas veces al regresar a casa, cuando ya estaban encendidos los cuatro faroles alimentados con petróleo, que iluminaban de noche la plaza principal, se encontraban con Manuel Vicente de la Roche y su ayudante y alumno Andrés Posada Arango, un joven que siempre cargaba sus instrumentos de herborizador. En todo Medellín se comentaba que era tanto el amor de este muchacho por la ciencia, que pasaba días y noches enteras espionando el momento en que abrían y cerraban las flores en su jardín.

Decidían entonces unirse a una tertulia de las que se improvisaban en las boticas al olor del agua de rosas, bálsamos y colutorios. En una de tantas Joaquín manifestó entusiasmado:

—Maestro Uribe, los campesinos dicen que esta corteza sirve para aliviar las llagas. —Y le pasó una cáscara de palo de María.

—No hay que creer sólo bajo palabra lo que el vulgo da por hecho. Para saber con certeza las propiedades químicas y médicas hay que estudiar y estudiar —replicó Uribe en tono de consejo. Puso sus ojos pequeños, cada vez más profundos, en los ojos de su alumno y lo leccionó—: observar y observar detenidamente y con paciencia.

Dado como era a soltar frases con profundas enseñanzas, agregó:

—En ciencias biológicas, el principio de la sabiduría consiste únicamente en saber dudar.

A veces, las clases terminaban en la botica que tenía en el primer piso de su casa, al lado del gabinete de doctor. Como la idea era familiarizar a los estudiantes con los medicamentos, hurgaba con ellos en el botamen ordenado en la estantería de caoba. Olían, tocaban y, por insinuación del maestro, se atrevían con la punta del dedo a probar unturas, polvos, jarabes, menjurjes y potingues.

Y en medio de ese inmenso salón lleno de mesones, alambiques, pesas, morteros y pomos de porcelana, los discípulos conocieron, a medias, el secreto de la píldora que ingeniaba Uribe Ángel como panacea para padecimientos y quebrantos.

Manuel reservaba siempre unos momentos para ordenar y clasificar lo recolectado en el día. Aniseto Zapata, el mandadero de casa, le había conseguido una caja de madera para guardar las muestras minerales.

—Buena y grande; le dará trabajo llenarla patrón —anunció orgulloso de su elección.

Entrada la noche, el médico se convertía en hombre de letras. Muchas veces Magdalena, su mujer, lo encontró al amanecer doblado sobre largas hojas de papel rayado escritas en letra impecable. Desde muy recién casados ella, en silencio, se dio a la tarea de organizar estos manuscritos. Descubría un cuento a medio hacer, al lado el inicio de un capítulo de geografía, o apartes de una reflexión histórica o un artículo de prensa.

Un día, cuando Magdalena andaba en estos afanes ordenando papeles en baúles y escaparates, Manuel la llamó:

—Mujer, es hora de ir pensando en alistar el equipaje. ¡Nos vamos para Bogotá!

## Cuadro número cuatro

Diciembre, 1862. Había desorden y bullicio frente a la casa de don Manuel: arrieros, corotos, bultos, aperos. El país también estaba alborotado. Se preparaba una convención en Rionegro, cuna de las ideas liberales. En distintos rincones de Colombia, los diputados -Rafael Núñez, Foción Soto, Aquileo Parra, José Hilario López- y muchos más alistaban sus bártulos para el largo viaje en mulas y en vapores. Manuel Uribe Ángel fue invitado. Dijo no. Su plan era viajar a Bogotá. Escogió el camino de Sonsón a sabiendas de que era más largo que salir por Nare. Así evitaba demoras al esperar buque a orillas de un río plagado de mosquitos y de insoportable calor.



Magdalena de Uribe y Enriqueta Zapata, la criada, pasaban revista a todo lo empacado: el pequeño escritorio portátil, tintas y papeles, plumas, lacre para sellar los sobres, dos lupas, juego de bisturíes, frascos, herramientas, un regatón, amoníaco para mordeduras de culebras, ungüentos y preparados para la picazón.

—Son montañas y montañas, una tras otra. Tantas que forman un intrincado laberinto; hasta la brújula pierde su norte a veces —le advirtió Manuel a su mujer y le mostró un gráfico del recorrido. Magdalena no se acobardó ni ante la idea de jornadas enteras subiendo y bajando por desfiladeros, ni ante la amenaza de fiebres y mordeduras de serpientes, ni ante la posibilidad de tropezar con tigres, uno que otro oso y montones de micos.

—Mujer, no olvide un reloj bien arreglado; será precioso cuando estemos en selva virgen —Por su experiencia de dos viajes iguales, el doctor Uribe sabía que la espesura interceptaba toda comunicación con el sol, impidiendo medir la hora por las sombras de los cuerpos.

Luego se dirigió a Enriqueta:

—Hija —con esta familiaridad llamaba a sus sirvientes—, no olvide hilo, botones, aguja, cuerdas, navaja, machete de monte; suficiente ropa de lana para el frío de las cumbres; liviana para clima cálido; funda de hule para los sombreros, mosquiteros...

La víspera, él mismo revisó la comida minuciosamente calculada y distribuida, de modo que no hiciera falta en caso de detención forzada por la crecida de algún río, la enfermedad o el agotamiento de uno de los viajeros. Comprobó que el coñac y la panela fueran suficientes, pues resultaban indispensables para no enfriarse al salir de la tierra caliente a la fría.

Antes de tomar el camino de Oriente, en dirección a Rionegro, Manuel reunió a sus acompañantes —Magdalena, don Ricardo Wills, su mujer y la pequeña hija de éstos, arrieros y peones— y les dijo:

—Los viajes no son otra cosa que un catecismo, un libro de escuela, una obra académica en forma de preguntas y respuestas.

Y muy pronto entendieron que en verdad Manuel se lo tomaba así: iba armado de una curiosidad inmensa, unas ganas de sentirlo todo, olerlo todo, aprenderlo todo. Se dejaba llevar, sin ninguna resistencia, por la felicidad que le producía contemplar el paisaje.

Habían avanzado muy poco, y las mujeres hablaban del delicioso olor de las azucenas que perfumaban el aire.

—Lo importante de esta planta —interrumpió Uribe— no es sólo el aroma de sus blanquísimas flores, sino las virtudes milagrosas de su corteza. —Y no paró de hablar hasta no agotar el inventario de atributos que incluía la de ser curativa para la hidropesía.

Las ocurrencias de Manuel se convirtieron, desde la primera noche, en tema de conversación al calor de las hogueras.

Descubrieron que se sentía distinto, como inflado de alegría, en lo alto de las cimas. Al llegar al alto de Santa Helena, invitó en tono cariñoso a sus compañeros a voltearse.

—¡Saludemos a Medellín! —Y mirando así la ciudad y el curso caprichoso del río, habló fuerte para que todos lo escucharan:

—El cerebro se refresca con la brisa helada de las cimas andinas. Las ideas toman formas poéticas..., algo magnético nos obliga a volver a poner los ojos sobre lo que se ha dejado atrás.

La escena se repitió muchas veces en las mil crestas que treparon. Siempre invitaba a detenerse —“descansar, ver y sentir”—, aprovechando que el mundo estaba dispuesto allá, abajo, como un inmenso mapamundi.



En el alto del Rodeo —una de las últimas cimas antes de bajar al río Magdalena—, se deleitó como nunca con una borrasca seca, puramente eléctrica, que se desató en las hondonadas inferiores del cerro.

—¡Esto es una maravilla! —gritó entusiasmado como un niño—. ¡Parece que los rayos salieran de nuestros pies!

Las chispas eléctricas volaban de nube en nube en ráfagas de vivísimo fuego, imitando en sus curvas y movimientos la forma de irritadas serpientes. Manuel las seguía con la mirada y correteaba de aquí para allá, tratando de adivinar el punto exacto en el que se originaría la siguiente descarga. Su mujer, inquieta ante el espectáculo, lo empujaba del brazo para que entrara al rancho. Pero él, ensimismado, se negaba a buscar cobijo. Se quedó ahí, hasta que todo el aguacero le cayó encima.

Cierto día alcanzaron a pensar que Manuel era un tris disparatado. Avanzaban por un lodazal y las mulas se atolaban hasta más arriba de la rodilla. Se enterraban tanto que al sacar las patas sonaban como detonaciones de arcabuz. Los peones se entretenían con relatos sobre mulas ahogadas en barrizales. A lo lejos apareció una manada de bueyes.

—Aquí me quedo —anunció Uribe—. Quiero ver cómo caminan animales tan pesados en estos atascaderos. —Y esperó hundido en el barro. Pasó tan cerca la manada que su mujer alcanzó a gritar alarmada:

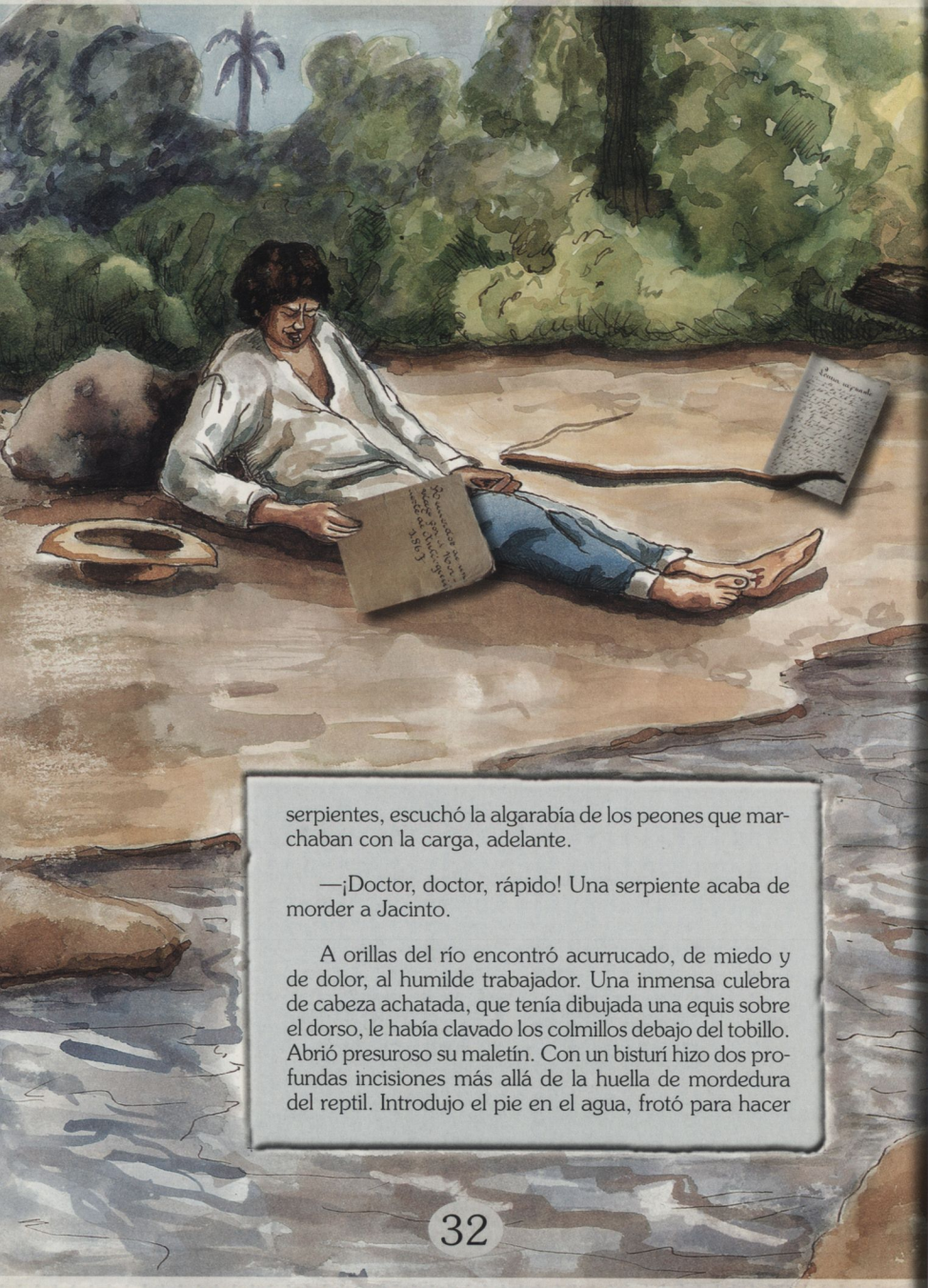
—¡Cuidado!

Él, como si nada, soportó una lluvia de lodo y luego contó entusiasmado el resultado de su curiosa observación:

—El buey, al levantar la pata, forma airosamente un semicírculo y al asentar el casco lo hace en forma de tirabuzón y deja en cada huella una especie de tuerca de tornillo.

A veces, la peonada perdía la paciencia: cuando pasaron por La Ceja, recién iniciado el recorrido, le dio por hablar con cuanto anciano y anciana encontró en la plaza. Hasta que no preguntó todo lo que quería preguntar y no supo todo lo que quería saber, no continuó el viaje. Había oído decir que allí era donde más se respetaban los viejos hábitos de toda Antioquia. Y resultó ser verdad. Eran tan religiosos como tomadores de chocolate; chocolate por la mañana, chocolate sobre el almuerzo, a las once, a la una, a las cuatro, y chocolate al acostarse.

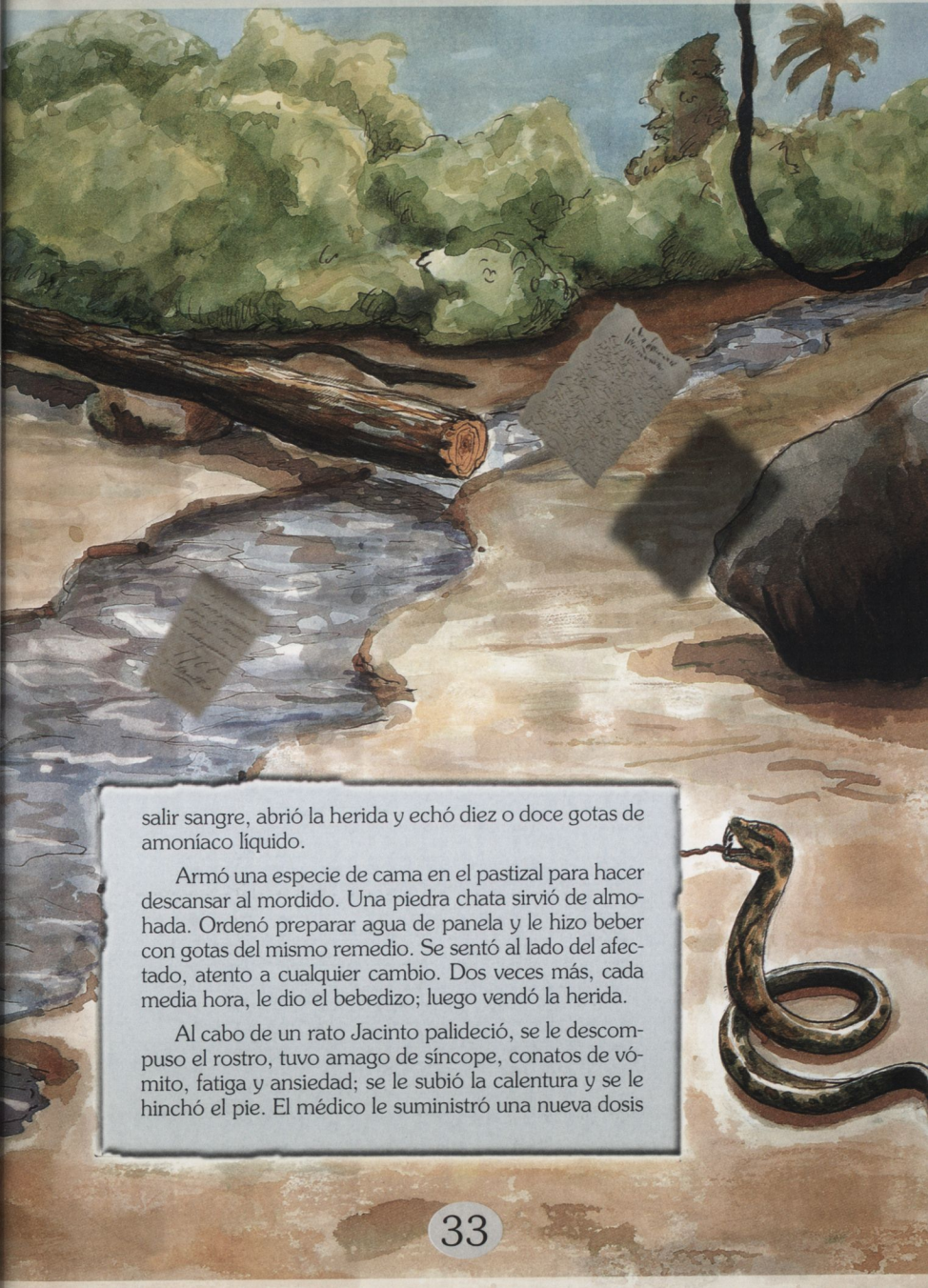
Pero pronto olvidaban los afanes causados por estas demoras y volvían a sentirse seguros y contentos en compañía de don Manuelito. Una tarde, cuando avanzaban por un valle lleno de malezas, de ésas donde se ocultan tantas



serpientes, escuchó la algarabía de los peones que marchaban con la carga, adelante.

—¡Doctor, doctor, rápido! Una serpiente acaba de morder a Jacinto.

A orillas del río encontró acurrucado, de miedo y de dolor, al humilde trabajador. Una inmensa culebra de cabeza achatada, que tenía dibujada una equis sobre el dorso, le había clavado los colmillos debajo del tobillo. Abrió presuroso su maletín. Con un bisturí hizo dos profundas incisiones más allá de la huella de mordedura del reptil. Introdujo el pie en el agua, frotó para hacer



salir sangre, abrió la herida y echó diez o doce gotas de amoníaco líquido.

Armó una especie de cama en el pastizal para hacer descansar al mordido. Una piedra chata sirvió de almohada. Ordenó preparar agua de panela y le hizo beber con gotas del mismo remedio. Se sentó al lado del afectado, atento a cualquier cambio. Dos veces más, cada media hora, le dio el bebedizo; luego vendó la herida.

Al cabo de un rato Jacinto palideció, se le descompuso el rostro, tuvo amago de síncope, conatos de vómito, fatiga y ansiedad; se le subió la calentura y se le hinchó el pie. El médico le suministró una nueva dosis

de amoniaco. Después le puso una cataplasma de tabaco molido regado con bálsamo tranquilo para evitar el tétano. Como por encanto, se disiparon todas las maluqueras.

Cuando llegaron a Sonsón, luego de varios días subiendo y bajando montañas, se encargó de organizar los preparativos para el peor trayecto de la travesía. El camino se convertía en senda, ésta en vereda y finalmente en huella. Tocaba entonces dejar las mulas y montar en hombres, capaces de llevar a sus espaldas personas como si fueran bultos.

Pasaron por la pesa, equipaje y personas, pues el pago se concertó a tres pesos por arroba; Magdalena se subió a las espaldas de Isaac, mozo corpulento; sobre Matías, presumido, de cara bonita, se acomodó la mujer de Wills. Y don Manuel sobre Marcos, un hombre de unos 45 años, con carate sobre el rostro, delgado, melancólico, humilde y con un bigote argentino tan pequeño que pronto el resto lo apodó Pico de Plata. La niña viajó sobre un peón tan callado que lo llamaban 'el mudo'.

—Si no me trajera a mí, traería un fardo. Yo peso poco más de cuatro arrobas; un fardo, cinco. Conmigo pujará a ratos, con el fardo siempre. La diferencia está en que la carga es peso muerto y yo, peso vivo; cuando resuelle grueso y jadeante, trataré de no oír o me bajaré —dijo Manuel jocosamente al treparse a la silla armada con palos y lazos y atada a la espalda de Marcos.

Y desde ese día Marcos fue de sorpresa en sorpresa con su pasajero. Estaba fascinado. No le encajaba que un hombre tan menudo fuera tan astuto.

Cuando se quitaba el armazón pegado a sus espaldas, Marcos se dedicaba a la hechura del rancho y a buscar la paja para las camas. Uribe le ayudaba y cuidaba de que no quedara al lado de pantanos, pues se creía, por entonces, que las fiebres que atacaban con frecuencia a los viajeros no eran más que el producto de emanaciones que salían de estas tierras anegadizas.

—De día no hay peligro —explicó el doctor—, pues los efluvios son arrastrados por el calor a las partes altas; pero cuando el sol se pone, el germen mortal entra por el aparato respiratorio con sólo pasar cerca a los fangales. Y le enseñó también que para prevenir las fiebres usara el zumo de limón en forma de limonada hervida.

De noche, mientras ponía en orden los apuntes del día escuchaba las charlas de los criados. En total, ¡más de 20! Unos cargaban el equipaje; otros, los "peones de agua", estaban siempre listos para arreglar, refaccionar o armar puentes y evitar todo peligro en los ríos; y los racioneros, peones de los peones, muy jóvenes, casi niños, que se comportaban como alegres bribonzuelos.

—Sumerced, ¿qué es lo que tanto escribe? —le preguntó, curioso, Marcos.

—Lo que siento, lo que veo, lo que pienso, lo que escucho, lo que huelo... También escribo consejos para viajeros. ¡Usted, Marcos, me puede prestar gran ayuda!

Leyó los anotados:

—Infeliz el caminante que se deja coger por la salida del sol en la posada. ¡Su día es casi perdido!

—La pereza y asco al lodo son los dos enemigos capitales del bienestar de los viajeros de América —era uno—. Ni río adelante ni carga atrás —era otro.

—Y mi gran secreto —anunció en forma solemne Manuel—: la selva virgen, sin asomo de comodidad, es el sitio donde se logra la felicidad total. En la naturaleza primitiva, el cerebro logra la calma y es tanto el placer que, sin temor, uno se proclama plenamente feliz.

Marcos agregó unos consejos más: “Más vale que sobre y que no falte”. “Barriga llena aguanta trabajos”.

Una tarde, pasando por un paraje lleno de orquídeas, unas muy pequeñas color purpurino, Manuel se sintió embelesado.

—Éste es un género misterioso de plantas —dijo como para sí mismo y ordenó a Marcos detenerse y desempacar sus lupas. Se dedicó a examinarlas. El líquen crecía sobre piedras, trazando dibujos caprichosos. Había escuchado decir a muchos botánicos que esta planta tenía el poder de hender las rocas más duras y resistentes. Después de observar y observar, sospechó que era posible que tal afirmación no fuera cierta.

No fue la única vez que hizo detener repentinamente a su carguero.

—¡Para, para! —dijo de repente otra de esas tardes.

—Oiga, paisano —gritó a uno que cruzaba más allá del camino—, sáqueme de una duda: ¿esta quebrada, después de ésta curva, desemboca en el río La Miel?

—Sí, mi don, y allí más adelantico hay otra, la quebrada La María que corre el mismo camino —Y la charla no terminó hasta que no armó en su cabeza el mapa del cruce de aguas del lugar.

La Navidad cogió en pleno camino a los viajeros. Los peones, felices, hacían planes para una Nochebuena en Nariño, donde se encontraba leche y aguardiente con facilidad. Nariño no era más que unas chozas agarradas de un filo de montaña. Ya en el pueblo, al notar la ausencia de niños, Manuel hizo este apunte:



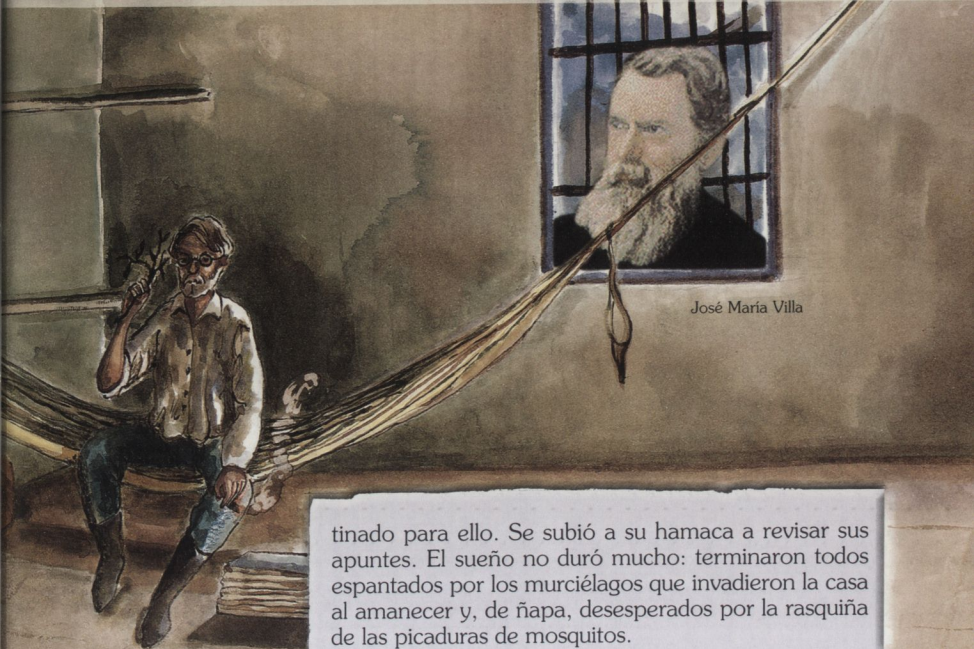
Francisco Javier Cisneros

—Seguramente, al gatear se han rodado a los abismos de uno y otro lado...

La fiesta navideña empezó allí con buñuelos, miel y natillas. Los cargueros se iniciaron con el aguardiente; pronto siguieron el camino. Iban montaña abajo y el calor empezó a ser sofocante. Manuel se detuvo en medio del bosque. La gritería de loros y guacamayos era ensordecedora. Cientos de micos bulliciosos y gritones brincaban de un lado a otro en las copas de los árboles.

—Sigán ustedes, ya los alcanzo —ordenó. Estaba encantado con las enredaderas y las flores de mil matices, las guaduas y dos senderos que bajaban en espiral que le hicieron recordar las 'culebrillas' de colegial. Cuando los alcanzó ya habían elegido la posada para esa noche de fiesta. "Desastrosa", pensó en silencio.

Al poco rato tuvieron que pedir asilo en una casa vecina. Organizaron de nuevo todo: extendieron la paja; sobre ésta, un encerado, y sobre él una estera; sobre la estera, la sábana; sobre ésta, dos almohadas y una colcha. Sobre este petate se acomodaron, agotadas, las mujeres. Manuel sacó del bolsillo piedras, hojas, flores y las guardó en un bolso que tenía des-



José María Villa

tinado para ello. Se subió a su hamaca a revisar sus apuntes. El sueño no duró mucho: terminaron todos espantados por los murciélagos que invadieron la casa al amanecer y, de ñapa, desesperados por la rasquiña de las picaduras de mosquitos.

Iniciado el nuevo año llegaron a Villeta. Días atrás, en Honda, habían despedido a sus peones de silla y viajaban de nuevo a lomo de mula. Cumplieron con la regla de hacer una pausa de dos días en Guaduas para evitar el cambio brusco de temperatura. Tomaron café con aguardiente, unos; otros, un vaso con vino de madera combinado con quina, recomendado para aclimatarse y recuperar fuerzas.

En Villeta los recibió con entusiasmo Guillermo Wills, hermano de Ricardo, el otro viajero. Era un hombre de reconocido prestigio por haber sido el primero en profundizar de manera ordenada sobre el tema de geología en el país.

Después de la comida, en la que se habló de política y literatura, los hombres fueron al billar. Manuel se sintió a sus anchas con su entendido interlocutor para tratar de aclarar los porqués acumulados en el viaje.

—¿No cree —preguntó a Guillermo— que valles y cimas de esta cordillera contienen rocas y minerales

distintos a los de la cordillera opuesta? —Y le indagó también sobre la sospecha de que Villeta fuera zona rica en carbón.

—Lo digo —aclaró— por capas arenosas, gres compacto, turba y tierra ennegrecida. —No se sabe si la charla o el billar los mantuvo despiertos hasta el amanecer.

Antes del desayuno, y antes de partir, Manuel le mostró su colección de piedras recogidas por el camino: láminas de mica, fragmentos de asbesto, de cuarzo...

Atravesaron Facatativá en medio de un frío mortificante. ¡Por fin Bogotá! Veintiún días duró la travesía. Hasta la capital había llegado ya la fama de "un varón aventajado nativo de la lejanísima Antioquia", diestro en el arte de curar al prójimo. Se instaló, con Magdalena, en la calle de Las Águilas. Le buscó sitio a su escritorio en forma de baúl y empezó a poner en orden sus recuerdos.


Cuando regresó a Medellín, un año después, tenía más clara su idea: armar un libro con la historia y la geografía de Antioquia. Empezó de inmediato a recorrer archivos civiles y de la curia. A devorar y devorar libros sobre la conquista de América y sobre lo ocurrido en la colonia. Escarbó las vidas de los varones ilustres de las Indias, los escritos del sabio Caldas y planeó excursiones para recorrer a pie y a caballo todas las montañas, valles, ríos y quebradas antioqueñas y reservó tiempo para largas tertulias con los que, como él, estaban engolosinados con la ciencia.

Magdalena cumplía su tarea de archivar y se hizo cargo, desde entonces, de la correspondencia. Estaba pendiente del color de la bandera que izaban en la oficina de telegrafía postal, para saber qué línea de correo llegaba o salía. La tricolor, correo del Atlántico; dos franjas, amarilla y azul, de Honda; amarilla, norte; encarnada, sur...

A falta de familia, empezaron a cuidar como propios a Luis, Arturo y Emilio Johnson, hijos de Susana Urreta, hermana de Magdalena, y de su esposo Carlos, un ingeniero inglés que vino a trabajar en las minas de Marmato.

Dos sucesos entristecieron por esos años a Manuel: Emiro Kastos decidió abandonar las letras y dedicarse a los negocios y Ricardo de la Parra enfermó gravemente. Uribe lo cuidó hasta el final, en su quinta en Envigado.





## Cuadro número cinco

1876. Manuel Uribe regresó de Estados Unidos. Viajó para acompañar a Luis, su hijo de crianza, que estudiaba ingeniería. Antioquia estaba nuevamente sumida en una desastrosa guerra político-religiosa. Los colegios servían de cuarteles. El ferrocarril de Antioquia, que apenas echaba a andar en Puerto Berrío, tuvo su primer tropiezo. Los jornaleros volvieron a cambiar el azadón y la pica por las armas. Antioquia era por entonces uno de los nueve estados que formaban los Estados Unidos de Colombia.



egresó el sabio Uribe Ángel”, fue el rumor que se regó como pólvora en Medellín. Los pocos que recibían noticias de fuera se habían encargado de contar en las visitas que la prensa de Nueva York había llamado “sabio” al médico querido por todos.

Manuel, quien jamás fue amigo de los elogios, replicaba: “Sólo cumplo con el deber”; y no le prestó mayor atención a los que golpeaban a su puerta deseosos de conocer detalles del discurso pronunciado en la fiesta literaria conmemorativa de la muerte de Cervantes, que cautivó a un público extranjero y exigente, por allá en las lejanas tierras.

Tampoco hizo aspaviento con la carta que recibió casi a su llegada, firmada por Miguel Antonio Caro, en la que, a nombre de la Academia de la Lengua, lo felicitaba por la manera “digna como representó a Colombia” y le comunicaba la decisión de la junta de nombrarlo miembro correspondiente en Antioquia.

Descansaba aún del agotador viaje, cuando una tarde lo sorprendió la visita de varios copartidarios

liberales: Fidel Cano, joven político y escritor, y los jurisconsultos Nicolás Florencio Villa, pariente del tío Nicolás, y Luis Eduardo Villegas, un manizalita al que los vaivenes de las constantes revueltas habían llevado a Medellín.

El tema fue la guerra. El general Marceliano Vélez había asumido la jefatura del ejército, y estaba luchando, en el sur contra las tropas del vecino y liberal estado del Cauca. El telégrafo llevaba y traía las noticias de los combates. Los visitantes lo pusieron al tanto hasta de la copla de moda que los trovadores populares cantaban acompañados con tiples:

*Viene Obando;  
viene el general Payán;  
vienen tantos generales  
que hasta los diablos vendrán.*

Luego hablaron de la botica de los Isazas —“la sinagoga goda”—, donde a diario se reunían, en medio de elixires y purgantes, Wenceslao Barrientos, Guillermo Restrepo, José Uribe. Allí, decían, se había fraguado esta revolución.

Todos presagiaban que a los conservadores les iban a salir mal las cosas; que terminarían perdiendo el poder en una Antioquia empeñada en marchar en contravía de un país liberal. El ejército del caucano Trujillo avanzaba de manera incontenible.

Manuel escuchaba a sus amigos, con los ojos bien abiertos, como lo hacía cuando algo le causaba impresión, mientras prendía y apagaba un cigarro tras otro.

—La guerra, las devastaciones, los atropellos y la fuerza bruta, son miserables recursos —dijo de repente, interrumpiendo su silencio—. El hombre debería estar constantemente avergonzado de hacer uso de ellos.

Se paró, caminó como contando los pasos por el amplio salón entablado. Prendió otro cigarro. Fidel, alarmado, los contó mentalmente: “¡Más de diez en menos de una hora!”. No dijo nada; él, más que nadie, sabía que Manuel necesitaba silencio cuando estaba pensativo.

Al fin, habló, pausado, como si hubiera escrito, reescrito y ensayado lo que iba a decir:

—Las ideas, como impalpables que son, no deben ser extirpadas ni con balas ni con bayonetas ni con espadas. Deben serlo con ideas más sanas. —Se frotó las manos y como para cerrar el tema sentenció:

—Es preciso transitar por la calle de la Amargura y pasar por el purgatorio, como lo hemos hecho nosotros, para gozar más tarde la bienaventuranza.

Al despedirse, Fidel Cano, preocupado, tomó del brazo al hombre que consideraba como a un padre, pues siendo niño lo salvó de la peste, y preguntó en tono confidencial:

—¿Qué hay de cierto en cuanto se dice sobre el uso del tabaco? ¿Es tan nocivo como algunos aseguran? ¿Tiene verdaderamente la perniciosa propiedad de destruir la memoria?

Uribe respondió preguntando:

—¿Le gustan a usted los versos?

—Los buenos, sí —contestó.

—Pues, por mi parte, le diré que hubo un tiempo en que devoraba cuanto de la pluma del señor Duque de Rivas caía en mis manos. ¿Quiere usted oír algo de ese autor?

—De mil amores, doctor. ¿Retiene usted alguna de las poesías de Duque?

Se llevó a la frente el índice de la mano derecha, hizo ademán de golpear allí y fluyeron de sus labios las estrofas, sin el mínimo asomo de vacilación.

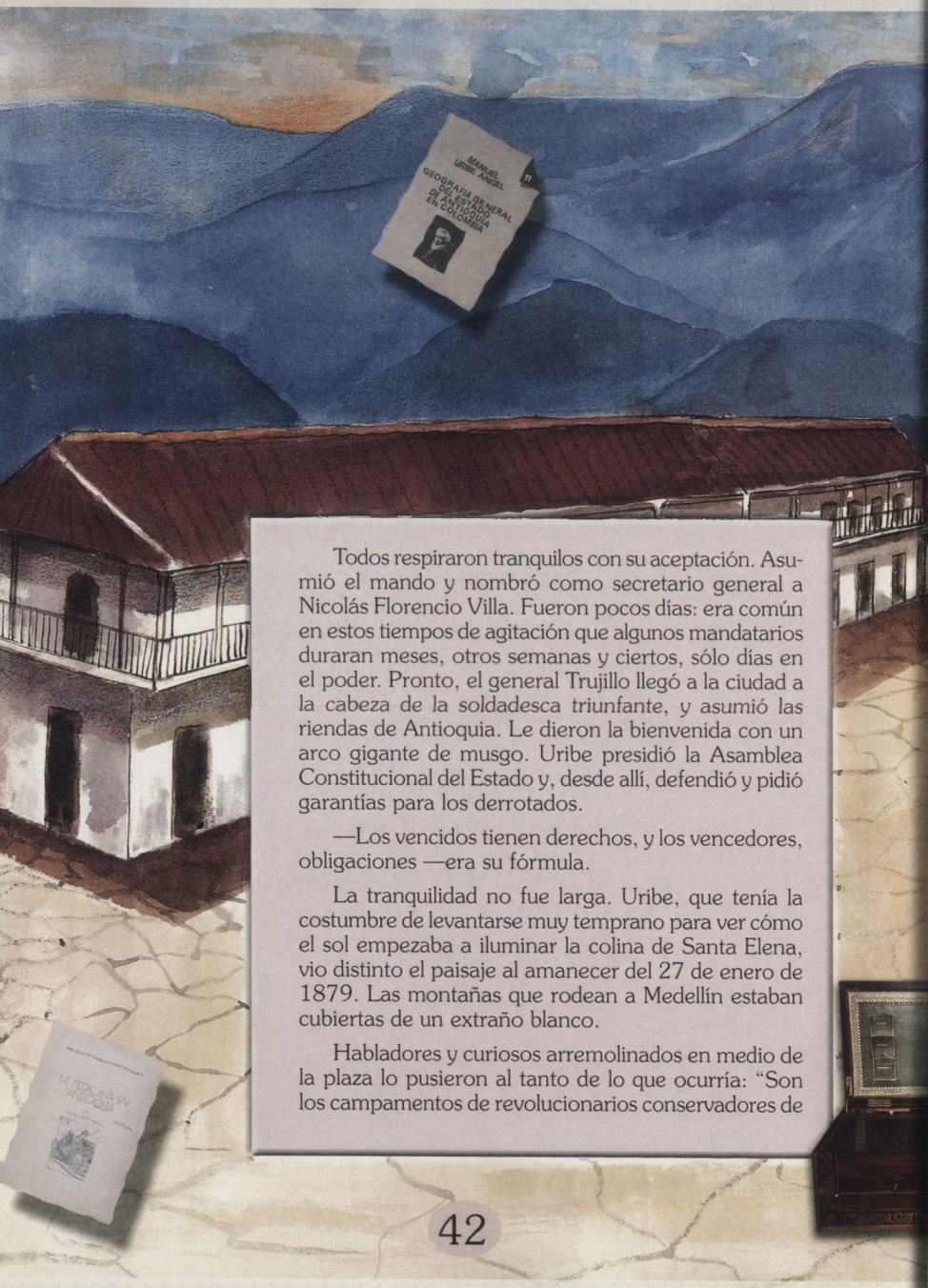
Al terminar, puso el brazo sobre el hombro de Cano, y en tono de enseñanza le explicó:

—Pues, hijo, los versos que acaba usted de oír —y de disfrutar, por lo visto— los leyó este servidor cuando era colegial. Este adorable vicio lo contraje antes de ir al colegio y, de entonces hasta hoy, ni he vuelto a abrir un libro del señor Duque de Rivas ni a cerrar por un día entero esta petaca de cigarros. ¿Le parece a usted que el tabaco acaba con la memoria?

Los amigos se despidieron en medio de risas y comentarios que nada tenían que ver con el ambiente caldeado de la política.

Días después recibió la visita de Baltazar Botero Uribe, secretario de Gobierno del Estado soberano de Antioquia, el único del equipo oficial que no se había dado a la fuga. Su presidente conservador, Silverio Arango, había capitulado ante el desastre de las fuerzas antioqueñas en las batallas de Los Chacos, Garrapata y Manizales, donde el astuto general Julián Trujillo destrozó con cuatro mil hombres un ejército de siete mil soldados. Medellín estaba sumida en el pánico.

—Debemos evitar más lágrimas y sangre a nuestra querida Antioquia. Impedir posibles demasías en uno y otro bando —dijo nervioso Botero, y le pidió, a nombre de la concordia, asumir provisionalmente la jefatura del Estado antioqueño. Uribe era visto como tolerante y conciliador por sus adversarios. Siempre se opuso al destierro o a la sanción de religiosos y políticos conservadores.



MARCELO  
URIBE ANGEL  
GEOGRAFIA GENERAL  
DEL ESTADO  
DE ANTIOQUIA  
EN COLOMBIA

Todos respiraron tranquilos con su aceptación. Asumió el mando y nombró como secretario general a Nicolás Florencio Villa. Fueron pocos días: era común en estos tiempos de agitación que algunos mandatarios duraran meses, otros semanas y ciertos, sólo días en el poder. Pronto, el general Trujillo llegó a la ciudad a la cabeza de la soldadesca triunfante, y asumió las riendas de Antioquia. Le dieron la bienvenida con un arco gigante de musgo. Uribe presidió la Asamblea Constitucional del Estado y, desde allí, defendió y pidió garantías para los derrotados.

—Los vencidos tienen derechos, y los vencedores, obligaciones —era su fórmula.

La tranquilidad no fue larga. Uribe, que tenía la costumbre de levantarse muy temprano para ver cómo el sol empezaba a iluminar la colina de Santa Elena, vio distinto el paisaje al amanecer del 27 de enero de 1879. Las montañas que rodean a Medellín estaban cubiertas de un extraño blanco.

Habladores y curiosos arremolinados en medio de la plaza lo pusieron al tanto de lo que ocurría: “Son los campamentos de revolucionarios conservadores de

LA REGION IV  
ANTIQUIA



toda Antioquia; vienen con la intención de tomarse la ciudad". En minutos, ya eran cientos las personas que se agolpaban en la empedrada plaza principal.

De repente, irrumpió a caballo, con su uniforme militar, el impetuoso general caucano Tomás Rengifo, heredero de Trujillo en la jefatura del estado de Antioquia. Se plantó frente al atrio y lanzó su perorata, invitando a los liberales a tomar las armas.

Sus gritos fueron opacados por las campanas echadas adrede al vuelo, todas a una misma vez.

—¡Ordeno que cese el ruido! —gritó el general, aturcido y afanando, al sacristán de la catedral. Pero su orden acrecentó el sonar de las campanas. Rengifo enderezó la cabalgadura hacia la puerta sur, hacia el baptisterio, y disparó contra el techo de la iglesia. Callaron los bronces. En pocas horas estaban llenos los cuarteles y armados hasta los dientes; los liberales entonces salieron a enfrentar a los conservadores más allá de la provincia de Caldas.

Cuando los choques se dieron en los cerros orientales de Medellín, los médicos permanecieron atentos a las noticias del campo de combate y se prepararon

para recibir a los heridos. Para ellos las revueltas tenían otra cara: sabían que epidemias y batallas marchaban juntas. Los males eran transportados por las tropas.

La guerra también los había hecho diestros en el arte de amputar. Conocían la historia de la primera de estas intervenciones. La practicó el doctor Jervis, médico inglés contratado para trabajar en las minas de Marmato, al sonsonero Pascual Botero, herido durante la revolución de los años cuarenta. Le colocaron una banda de trapo impregnada de ácido nítrico encima de la herida. Al otro día desprendieron la costra formada por la quemadura y aplicaron una nueva dosis de ácido. Al día siguiente, y al siguiente, repitieron la operación. A las dos semanas el hueso estaba al descubierto.

—Ojalá llegue el día en que nos matemos menos y trabajemos más —le comentó Uribe a Andrés Posada Arango.

—¡Ojalá! —respondió éste, en tono apesadumbrado. Posada Arango conocía de cerca el dolor producido por las armas. Recién graduado, el gobierno lo nombró médico y cirujano del ejército en las guerras civiles de los años sesenta. Vio innumerables soldados gritando de dolor, arrastrando colgajos de carne prendidos al uniforme. Eran heridas muy grandes dada la escasa velocidad de los proyectiles; resultaba casi imposible escapar a la amputación. Recordaba haber visto a más de un cirujano sacar su escalpelo del bolsillo mugriento y amarrar los hilos que iba a usar para las suturas en los botones del uniforme de la víctima. A su lado estaban, siempre dispuestos, los ayudantes con jofainas y vendas.

En camas ambulantes hechas de ramas de árboles empezaron a llegar los heridos; los apenas aporreados fueron bajados en guando. Entre los primeros apareció el valeroso José Álvarez. El doctor Uribe, quince días después, fue el encargado de amputarle una pierna. Le inyectó cocaína justo en el sitio donde iba a hacer el corte.

En medio de este ambiente de odios, se publicó en la prensa una diatriba contra Uribe Ángel. Lo llamaron villano.

—Don Manuelito, yo sé quién escribió contra usted —corrió a contarle un vecino.

Uribe le dio una palmada en el hombro y lo calmó:

—Por ningún motivo, bajo ningún pretexto, quiero saber el nombre de mi gratuito detractor —y zanjó así el asunto.

Lo que realmente lo desvelaba era la situación de la recién creada universidad y su escuela de medicina, cerradas desde los primeros días del conflicto. Había resultado imposible reabrir las. Eran muchos los tropiezos:

la precaria situación del tesoro público, la inquietud que dominaba los ánimos y el reducido número de alumnos.

Trataba de mantener la esperanza, pues siempre insistió en que “el gobierno que no cumple con instruir, no tiene derecho a castigar”. “Abrir los portones de las escuelas es cerrar las entradas de los presidios”, recalca siempre.

Los sueños de darle bases firmes y sólidas a la escuela se desmoronaban. “Los laboratorios nos llegan con la paz y se nos van con la guerra”, lamentaba Uribe. Sólo se alcanzaron a graduar seis alumnos, antes que el general Marceliano Vélez diera por telégrafo la orden de levantamiento a todas las guarniciones.

En acto solemne, en la iglesia de San Francisco, ataviados con el uniforme –pantalón y levita de paño negro, chaleco corbata y sombrero–, presentaron sus pruebas preparatorias al grado frente a Uribe Ángel y seis examinadores más los primeros titulados: Julio Restrepo, José María Espinosa y Tomás Bernal.

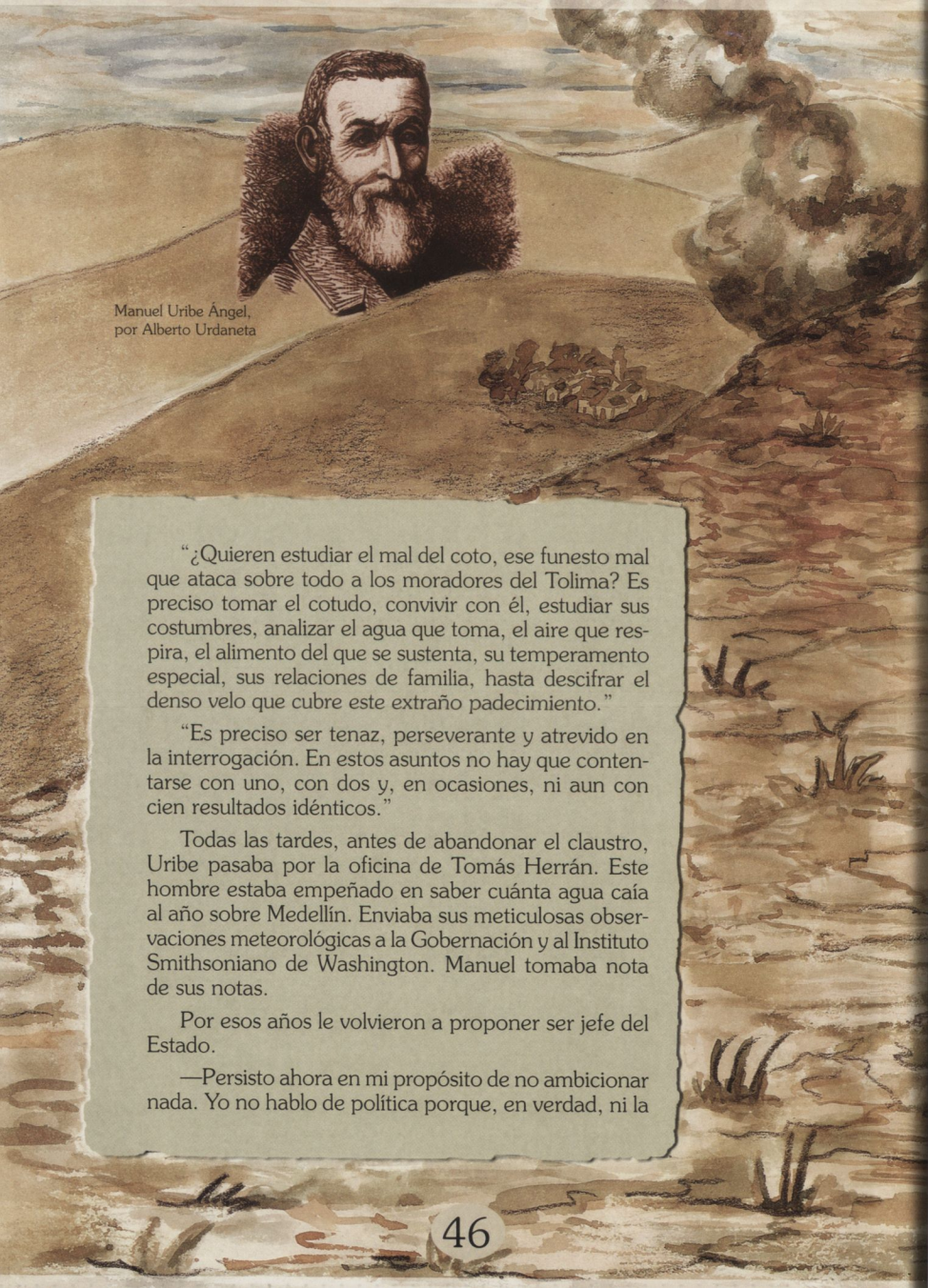
Uribe echaba de menos ese ambiente de crecimiento intelectual y de tolerancia que se respiraba en todas las aulas de la universidad. Había profesores y estudiantes de todos los matices políticos: extrañaba las tertulias del atardecer con Fidel Cano; con José María Villa, profesor de la escuela de ingeniería y de la escuela de artes y oficios, y con el padre de éste, Sinfioriano; con Pedro Nel Ospina, Francisco Uribe, Pedro Justo Berrío, quien, hasta poco antes de su muerte, impuso la disciplina con sus estrictas clases de urbanidad.

Cuando lograron revivir el centro académico, la escuela de medicina no tenía laboratorio ni contaba ya con el salón que servía de anfiteatro donde diera sus primeras clases de anatomía Julián Escobar.

Los estudiantes pagaban por un cadáver para hacer autopsias. Sobre una mesa de zinc, colocada en el patio viejo y ruinoso del cementerio de San Lorenzo, trabajaban hasta dejar al difunto vuelto pingajos sangrientos. Se protegían con delantales blancos que les llegaban al piso. Con una mano se pasaban copas de aguardiente, ron o brandy, para evitar las náuseas; con la otra, hurgaban el cuerpo que estudiaban.

Uribe se encargó de la cátedra de anatomía topográfica y clínica y de la materia médica.

“Hay que ver, hay que oler, hay que gustar, hay que sentir, hay que pensar, hay que reflexionar y hay que interrogar las manifestaciones del mal por todas sus fases, en todos sus movimientos y todas sus expresiones”, fue la enseñanza habitual que dio a sus alumnos. Y era generoso en los ejemplos:



Manuel Uribe Ángel,  
por Alberto Urdaneta

“¿Quieren estudiar el mal del coto, ese funesto mal que ataca sobre todo a los moradores del Tolima? Es preciso tomar el cotudo, convivir con él, estudiar sus costumbres, analizar el agua que toma, el aire que respira, el alimento del que se sustenta, su temperamento especial, sus relaciones de familia, hasta descifrar el denso velo que cubre este extraño padecimiento.”

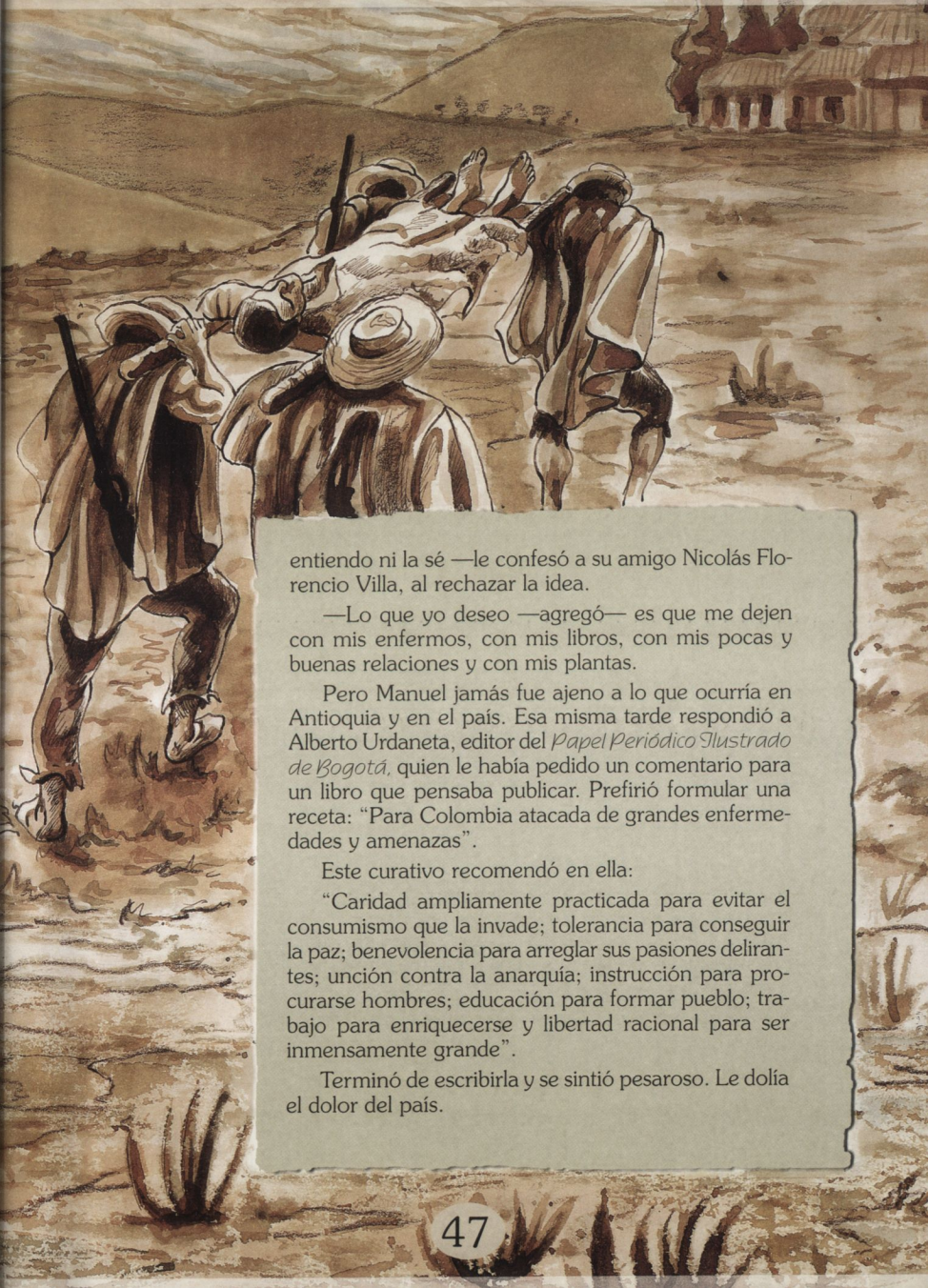
“Es preciso ser tenaz, perseverante y atrevido en la interrogación. En estos asuntos no hay que contentarse con uno, con dos y, en ocasiones, ni aun con cien resultados idénticos.”

Todas las tardes, antes de abandonar el claustro, Uribe pasaba por la oficina de Tomás Herrán. Este hombre estaba empeñado en saber cuánta agua caía al año sobre Medellín. Enviaba sus meticulosas observaciones meteorológicas a la Gobernación y al Instituto Smithsoniano de Washington. Manuel tomaba nota de sus notas.

Por esos años le volvieron a proponer ser jefe del Estado.

—Persisto ahora en mi propósito de no ambicionar nada. Yo no hablo de política porque, en verdad, ni la





entendiendo ni la sé —le confesó a su amigo Nicolás Florencio Villa, al rechazar la idea.

—Lo que yo deseo —agregó— es que me dejen con mis enfermos, con mis libros, con mis pocas y buenas relaciones y con mis plantas.

Pero Manuel jamás fue ajeno a lo que ocurría en Antioquia y en el país. Esa misma tarde respondió a Alberto Urdaneta, editor del *Papel Periódico Ilustrado de Bogotá*, quien le había pedido un comentario para un libro que pensaba publicar. Prefirió formular una receta: “Para Colombia atacada de grandes enfermedades y amenazas”.

Este curativo recomendó en ella:

“Caridad ampliamente practicada para evitar el consumismo que la invade; tolerancia para conseguir la paz; benevolencia para arreglar sus pasiones delirantes; unión contra la anarquía; instrucción para procurarse hombres; educación para formar pueblo; trabajo para enriquecerse y libertad racional para ser inmensamente grande”.

Terminó de escribirla y se sintió pesaroso. Le dolía el dolor del país.

Convidó a su mujer a dar un paseo por el parque. Subieron a la torre de la catedral. Desde niño adoptó la costumbre de escudriñar en círculo y mirar las montañas que forman una cuna para el valle de Aburrá. Se sabía de memoria sus nombres: empezando por el alto de Santa Isabel, seguía el Astillero, San Luis, Tablazón, Piedras Blancas... Para él, el valle era "una preciosa miniatura contenida en breve espacio". Había hecho un cálculo: de la angostura de Sabaletas hasta los llanos de Niquía, si se enviaba un mensaje de voz a voz, duraba en llegar, de extremo a extremo, cinco minutos.

De regreso a casa, le dijo a Magdalena:

—El que no observa la naturaleza, es pobre y desventurado.

Como algo extraño, el cansancio lo llevó temprano a la cama. Muy pronto unas voces en la calle lo sacaron de su liviano sueño. Prestó atención y escuchó lo que hablaban dos hombres en la puerta de su casa.

—No tema usted golpear y menos que lo reciba destempladamente el doctor Uribe. Toque, que dentro de cinco minutos estará nuestro amigo en el portón a sus órdenes.

—¡Hace mucho frío!, me avergüenza —replicaba el otro.

—Eso no vale nada; él lo disminuirá con un sobretodo.

—Pero sé que el doctor Uribe está algo decaído y eso le impedirá salir arrojando los glaciales vientos de Santa Elena.

—No importa, se trata de la salud y acaso de la vida de un semejante y el doctor Manuelito es capaz de exponer la salud y la vida propia por salvar las del prójimo.

—Soy pobre y no cuento con qué cubrir los honorarios.

—No conoce usted al doctor. Él recetará gratis al enfermo de usted y por añadidura costeará los remedios.

Cuando el hombre, por fin convencido, se decidió a tomar el picaporte, se abrió la puerta y apareció, sonriente, el doctor Uribe con su malefín y cubierto con su sobretodo.

En el aposento encontró a la mujer enferma en medio de la penumbra, apenas disimulada por el tenue resplandor de un tizón voleado. Solicitó una vela. Lo que prendieron fue un rosario formado de frutos de hijuelas peladas y ensartadas en un pabilo.

Uribe se sentó al borde del pobre lecho, colocó su mano, pequeña y cálida, en la frente de la demacrada mujer, la miró con cariño y con dulzura la consoló:

—Tranquila; entre los dos acabaremos los males que la aquejan.

—De sólo verlo y escucharlo a usted, don Manuelito, ya me siento aliviada —respondió con voz delgada la enferma y empezó a enumerar sus achaques.

## Cuadro número seis

En los primeros años de la década de los ochenta hubo trasteo en la facultad de medicina. Las enseñanzas teóricas y prácticas se daban en el hospital San Juan de Dios. Los cadáveres que nadie reclamaba en él eran puestos a disposición de los catedráticos de anatomía. Se construyó en el cementerio de San Lorenzo un cuarto para la conservación de las piezas anatómicas de importancia. El fonógrafo empezaba a competir con los músicos locales. Causaba asombro y espanto esa caja que reproducía la voz humana a través de una elegante corneta.

El azote de la viruela invadió el centro del estado de Antioquia. La alarma llegó a Medellín a comienzos de los ochenta; en la vecina Rionegro se habían reportado varios casos.

—Es posible que pronto nos visite tan aterradora plaga —se comentaba en las esquinas y algunos daban nombres propios de víctimas del mal culpable de la ceguera que había llevado a tantos a mendigar por la ciudad.

Una mañana de ésas, el gabinete del doctor Uribe se atiborró de pacientes. Los unos se sentían enfermos; los otros querían que fuera pronto a visitar a su mujer o a su hijo que estaban con el ánimo tan resquebrajado que no habían tenido alientos para salir de la casa.

—Dicen que doña Antonia, doctor, ésa que vive dos calles más arriba del desarenadero por la calle Ayacucho, es un solo costal de achaques.

—Que José, el de la casa pegada a la fuente Monserate, por la calle Girardot, está muy decaído —comentaba otro. Manuel atendió rápido a los que tenía enfrente, acomodó sus utensilios en el maletín y salió a repartir consuelo, casa por casa.

Regresó al amanecer extenuado. No pudo dormir. Como siempre le ocurría en estos momentos de gran tensión, se hundió en cavilaciones enlazadas al tío Nicolás. Repasó las epidemias que vivió como amanuense junto a él.

Recordó en especial la vez en que el viejo maestro le pasó un periódico. Era El constitucional de Antioquia. Le señaló un artículo: "Lecciones sobre el tratamiento del cólera *morbis*", titulaba.

—Léalos en voz alta para que todos se enteren —pidió don Nicolás. Así lo hizo frente al montón de hombres y mujeres que, con ojos de pánico, buscaban alivio y esperaban la receta salvadora.

El artículo hablaba de la predisposición individual como factor indiscutible del mal y de la necesidad de adoptar medidas de higiene urbana. Manuel hizo cuentas en su memoria y concluyó que esto había ocurrido como en 1832. Pensó con desaliento que, ya en esa ocasión, había escuchado hablar de policía sanitaria, aseo urbano, protección de aguas, matadero, para evitar la cadena de epidemias que, como las guerras, no daban tregua.

Las cosas —lamentó— no han cambiado mucho; seguimos hablando de higiene pero poco avanzamos.

Muy temprano, salió a dar un paseo por el riachuelo de Santa Elena. Pasó el puente de Palacé, tomó la avenida de la izquierda y caminó al lado de la corriente.

¡Se amontonaba tanta inmundicia en ríos y quebradas! "Ahí —se dijo Uribe, al fijarse en el mugrero tirado bajo el puente de Junín: excrementos, pieles, animales muertos, pedazos de trapo y hierbas podridas—, nacen las fiebres simples, las disenterías, las fiebres tifoideas." La situación era aun más grave en el puente Guayaquil, y en el de madera de la calle Colombia, sobre el río Medellín.

De un tiempo para acá notaba también que los vientos del nordeste y suroeste empujan aires pútridos de los dos cementerios: el de San Lorenzo, de los pobres, y el San Pedro, de los ricos. A ciertas horas se respiraba el hedor de cadáveres depositados en nichos delgados de paredes hechas de ladrillo poroso. "Por medio del aire los difuntos nos mandan continuas invitaciones a hacerles compañía", advertía a sus colegas.

Caminaba cabizbajo, atormentado por muchos porqués. ¿Cuál es el agente especial que da origen a la perturbación del organismo? ¿Es un gas? ¿Es un parásito en suspensión que toma dominio en el cuerpo humano, multiplicándose maravillosamente? ¿Es un fluido que se escapa a nuestro medio actual de investigación? ¿Qué es?

Meditó un rato y al final él mismo se respondió: "Nosotros no lo sabemos, los sabios opinan de un modo y de otro, la verdad llegará un día. Entre tanto es preciso reconocer el hecho cumplido y aceptar sus efectos". Al llegar al

puente colgante de la calle Girardot, decidió regresar. Tomó la avenida de la derecha. En la esquina de la calle de El Palo vio un grupo de niños haciendo brujitas. Eran los pequeños vendedores de café con sus cajas de madera repletas de termos, platos y pocillos, colgadas al cuello.

—¡Hijo, un tinto! —llamó. No fue uno, sino un tropel los que acudieron.

—¡Cuidado!, ¡sólo uno! Van a provocar una catástrofe de platos y pocillos rotos. —Los chiquillos no hacían caso, gritaban al tiempo.

—¡Yo, yo! A dos en cinco, don Manuelito.

—A ver, el que tenga genuino café Madrid, pero que sea genuino, porque hace poco uno de ustedes me dio pasilla.

Por fin se decidió por uno, y para poner fin al alboroto les dijo: —Corran donde el talabartero Restrepo, lo vi como para tomarse seis tintos.

Esa noche se reunieron varios médicos en la botica de los Quevedo, en la calle Bolívar número 18, conocida como la Frasiería por la cantidad de envases de vidrio. Era muy mentada la *Mixtura febrifuja de Quevedo* para las calenturas intermitentes. La botica atraía muchos clientes, pues se despachaba a cualquier hora de la noche, sin distinción de persona y sin variar los precios del día. Era renombrada también por ofrecer el más variado surtido de placebos para las “enfermedades secretas”.

Todos los galenos estuvieron de acuerdo en tomar decisiones rápidas y frenar el pánico. Creían que la vacuna debía implantarse como asunto obligatorio.

—¿Quién convence a los ricos de que esto es mejor que el sudor de la boñiga fresca hervida en leche que le dan al enfermo para que el brote salga rápido? Y ¿quién a los pobres que creen más en los rezos? —dijo alguno con cierta desazón.

Pasaron al tema de la higiene. El doctor Uribe soltó una angustia que le estaba creciendo desde tiempo atrás:

—Los desmontes generales hacen que el agua cada vez sea más escasa. Así, los desperdicios se acumulan y se atascan. Los riachuelos y el río toman forma de albañal en unos puntos y muladar en otros.

Y, por primera vez, lo escucharon plantear la posibilidad de construir un sistema de contrapuertas y manubrios para formar estanques que, al ser soldados, barrieran las basuras.

—Sería peligroso para los caminantes —comentó alguno.

—Ya lo tuve en cuenta. Los hombres que levanten la contrapuerta harán su oficio a las cuatro de la mañana y éste será anunciado con toques de corneta para evitar desgracias.



Hasta tarde duró la tertulia. En silencio los escuchó, todo el tiempo, Juana, hermana de Tomás Quevedo. Se había hecho médica al lado de su padre, José Ignacio. Por ser mujer no se le permitían los estudios formales. Organizó su consultorio en el alto del Caballo; hasta leontina usaba para lucir igual a sus colegas hombres.

Pronto el correo trajo la vacuna. El virus vacuno venía acomodado entre dos plaquillas de vidrio, bien cubierto para evitar que el aire lo desvirtuara, o en cañones de plumas de ganso convenientemente dispuestos. Los vacunadores oficiales —Uribe, Quevedo, De la Roche, Federico Peña—, empezaron su tarea de inocular con lancetas.

Las mujeres aprovechaban para hacer al doctor Manuelito todo tipo de consultas.

—Doctor, ¿qué hago para quitarle los brincos y las malcriadezas a mi hijo? —preguntó una, mientras descubría el brazo de su pequeño.

Otras, las de mayor desparpajo, planteaban inquietudes en el terreno del amor y de las desavenencias matrimoniales. Uribe las escuchaba atento y con una sonrisa en los labios les daba una sabia indicación. Las despedía con la frase de su amigo Ricardo de la Parra sobre la indisolubilidad del matrimonio: “El infierno, no sería infierno si no fuera irrevocable”.





“Don Manuelito es doctor de cuerpos y almas”,  
cuchicheaban entre ellas y les sobraba razón.

Cuando Uribe intuía que los males del cuerpo y del alma formaban uno solo, que el paciente llevaba la matadura debajo de la enjalma, acudía al padre Gómez Ángel para pedir su apoyo:

—Padre Gómez, hágame usted el favor de intervenir primero para prepararme el terreno, pues en estos días debo recetar a doña Inés. Su enfermedad procede principalmente de los dolores del alma.

Tanto querían ya en Antioquia entera a este hombre de pelo cada vez más blanco y ojos azulados cada vez más dulces, que se hizo común que los campesinos indagararan así a los viajeros procedentes de Medellín:

—¿El señor viene de Medellín?

—De allá vengo.

—¿Qué dejó en la villa? ¿Cómo estaba don Manuelito?  
¿Lo vió?

—Sí, lo vi y está muy bien de salud.

—Ah pues, gracias a mi Dios.

Muchos de ellos enviaban, con quienes caminaban de regreso a la capital, muestras minerales y ‘barros’ sacados de entierros indígenas como regalo al doctor Manuelito.

Todo iba a parar al muestrario de piedras que había crecido ya tanto, que Aniseto, el mandadero, buscó cinco cajas más. Uribe tenía además un montón de cráneos de diferentes animales, noventa y un piezas de cerámica indígena y un surtido amplio de rocas cristalizadas.

Esta manía de atesorar era también costumbre de su amigo, el coronel Martín Gómez. Gozaba juntando recuerdos de guerreros como de los generales Piar, Miranda, Córdova, Sucre; guardaba la espada de Pedro Justo Berrío, y las charreteras del comandante Manuel María Escobar. Acumulaba estribos, tizonas y herraduras de la época de la conquista y curiosidades, como un gallo de tres patas y pieles de toda clase de serpientes.

¿Por qué no reunir todo y formar una exhibición para el público? Se les ocurrió y así lo hicieron. La organizaron en un salón bajo la protección del gobierno.

—Don Manuel, lo buscan unos niños que quieren ver la colección —le anunciaba un criado. Y él abandonaba su trabajo y corría a atender a los muchachos y les servía de guía.

—El examen de la antigüedad esclarece la historia —advertía en tono solemne y de inmediato, con la alegría de quien ingresa al más fascinante de los juegos, los invitaba a iniciar el viaje al pasado.

En 1881, el estado de Antioquia compró la colección, le anexó la Biblioteca oficial —unos pocos textos religiosos y científicos, en ruinas la mayor parte e incompletos con raras excepciones, que se había formado con obras obsequiadas por Alejandro Vélez y el general Santander—, bautizó el conjunto como Museo y Biblioteca de Zea, en honor al sabio Francisco Antonio Zea, y nombró como director a Manuel Uribe Ángel.

Muchos antioqueños se sorprendieron al recibir esta carta que tenía el sello del afamado galeno:

“El obsequio de un objeto propio para el museo, o de un libro para la biblioteca, serán bienvenidos a este granero común, adonde desde el rico capitalista hasta el mendigo podrán allegarse a tomar alimento para su inteligencia.”

“Imploro su patriotismo y su amor por el engrandecimiento del Estado. Si tiene objeto curioso para donar al museo, le agradeceré. En todo caso, espero me regale un libro para la biblioteca, muy pobre, por causas públicas que usted conoce.”

Desde entonces, al doctor Uribe lo invitaban a seguir a los zaguanes y salones para mostrarle lo que pudiera resultar útil.



“Tengo un barro, quiero que lo vea, pues no sé qué tan valioso sea. Siga usted que tengo un retrato del general José de San Martín. Este ejemplar es para mí un tesoro invaluable, pero será de mayor provecho en la biblioteca.”

Fueron tantos los volúmenes recibidos como regalo, que Fidel Cano decidió publicar en su periódico *La Consigna* la lista de los sobrantes o duplicados. Se ofrecían a la venta o a cambio de otros. Destinó también una columna para reseñar la lista de las obras perdidas.

Para recrear la vida pasada, por iniciativa del coronel Gómez se celebraban, sin falta, las fechas patrióticas: la muerte del general Santander; el asesinato de Sucre, mariscal de Ayacucho; el combate de Tacines; la acción de Pitayó. Resultaron tan populares que pronto se unieron a ellas los artesanos y clubes de la ciudad.

Una de las más pomposas fue la celebración del aniversario de la batalla de Pichincha. El frente del museo y biblioteca quedó cubierto con un monumento hecho con retratos de Bolívar, Sucre y Córdova, trofeos, banderas y coronas. Cuando sonaron las campanas de la catedral señalando las cuatro de la tarde, una comisión de cadetes de la universidad y de los sargentos de la Escuela Mejía se desplazó hasta la casa del anciano Francisco Giraldo. Éste se había engalanado con su añoso uniforme de sargento, vistosas charreteras y el rosario de medallas obtenidas en crueles batallas. Escortado, caminó hasta el sitio destinado para él en el estrado. Con voz lenta contó al público, en su mayoría niños muy endomingados, detalles de lo que vivió en Pichincha. Al final, la banda de música recién organizada tocó una retreta.

Por esos días, el doctor Uribe se vio obligado a viajar a Bogotá. Como senador, consiguió que se expidiera un decreto para establecer la Escuela de Minas en Medellín y peleó unas partidas para el ferrocarril de Antioquia. “No sería ni patriótico ni razonable cerrar la puerta que comienza a abrirse como elemento de progreso.” Siempre fue gran defensor de los trabajos que por esos tiempos adelantaba el ingeniero cubano Francisco Javier Cisneros, para unir con rieles a Medellín con el río Magdalena.

Cuando regresó a su ciudad, supo que la fama de la biblioteca crecía. ¡En un mes llegaron 1.500 lectores! Pero el local era tan estrecho, que impedía todo arreglo y toda clasificación. Libros y objetos se amontonaban confusamente en rincones llenos de polvo y en medio de criaderos de polilla. Necesitaba con urgencia un ensanche o un espacio nuevo más amplio.

En los calendarios se arrancaban ya las últimas hojas de 1883. Manuel invitó a sus amigos a una reunión en su casa. Les anunció que dejaría por un tiempo los ajetreos de médico y director del museo para dedicarse a una tarea pendiente: su libro de geografía e historia de Antioquia. El manuscrito estaba listo; viajaría pronto a Europa, con su mujer, para publicarlo.

La mayoría de los que, de una u otra manera le ayudaron, acudieron a la cita: Leocadio Arango, dueño por entonces de la mejor colección de figuras precolombinas, Andrés Posada Arango, Luis E. Villegas, José Triana, Joaquín Berrío, Nicolás Florencio Villa, Tomás Herrán...

—Mi obra nada tiene de científica y soy el primero en reconocer que, tanto en forma como en fondo, es sumamente defectuosa —anticipó antes de mostrar el manuscrito.

Los asistentes se engolosinaron con el voluminoso resultado de esta labor larga y penosa. Entendieron a cabalidad por qué tantas veces Manuel llegaba de sus correrías con los pies tan hinchados que resultaba casi imposible desprendarle las botas. En el montón de páginas era posible encontrar respuesta a cuanta pregunta sobre Antioquia se pudiera antojar:

Las lluvias, los vientos —el del norte rey en épocas de sequedad; el de oriente transitorio; el del sur, anunciante del invierno—; hablaba también del granizo, el rocío, la escarcha y los huracanes; formulaba consejos ecológicos y de salud; a todas las poblaciones, grandes y pequeños villorrios, les dedicaba unos renglones sobre su historia y riquezas. En cuadros bien organizados reseñaba el inventario de 357 variedades de plantas útiles, 288 especies de animales y 74 posibilidades de aprovechamiento de minerales. Incluía hasta una breve noticia de los restos del lenguaje hablado en algunas tribus de Antioquia y del Chocó.

El texto iba acompañado de planchas cartográficas y dibujos de objetos indígenas. Uno de ellos llamó especialmente la atención de los invitados: una botella de oro fino hallada en un sepulcro entre Yarumal y Angostura. “La capacidad de líquido es igual a una botella común, el cuerpo principal equivale a las 3/4 partes de una esfera de precisión geométrica”, leyeron en las anotaciones.

Manuel, sin parar de fumar, observaba las reacciones de sus amigos. A ratos caminaba por el amplio salón, a ratos se detenía ante una de las plantas que él mismo sembraba y cuidaba con esmero. Arrancaba una hoja seca aquí, hurgaba la tierra de una matera más allá. Cuando tuvo la certeza de que todos habían echado un vistazo al escrito, anunció:

—El libro estará dedicado a la juventud colombiana —y explicó sus razones:

—Como manifestación última de mi constante amor a esa parte distinguida de nuestra nación y para abrir una puerta para nuevos estudios sobre un país tan poco conocido y tan mal estudiado. Tal vez, sabiendo lo que fuimos y lo que somos, podremos vaticinar lo que seremos; quizás conociendo de dónde venimos, sabremos para dónde vamos —dijo.

## Cuadro número siete

1886. De nuevo, la guerra le dio una voltereta al país. Manuel Uribe regresó con su libro *Geografía general y compendio histórico del Estado de Antioquia en Colombia*, de 783 páginas. Pero Antioquia ya no era un estado soberano sino un departamento de la nueva República de Colombia. Los dibujos de las piedras y cerámica volvieron convertidos en hermosas litografías hechas en Berlín. Lo imprimió en París. No logró hacerlo en Madrid, como era su deseo, pues el cólera tenía a la ciudad en rigurosa cuarentena.



Manuel Uribe estaba en la ruina. Había invertido todos sus ahorros en publicar este libro. Encontró a Marceliano Vélez, su amigo, paciente y paisano, convertido en gobernador. Las mudanzas políticas los habían colocado ahora, a los dos, del lado de la Regeneración de Núñez. Vélez financió la edición de un compendio de lo publicado en París. Se repartió en todas las escuelas y los mejores estudiantes lo recibían como premio a sus esfuerzos.

Por esos días recibió una nota del gobernador. La misma llegó a Manuel de la Roche, José Ignacio Quevedo, Ramón Arango, Andrés Posada Arango, Tomás Quevedo. Invitaba al cuerpo médico a organizar una sociedad científica. Ofrecía cooperar: un salón de la Asamblea estaría a su total disposición, y un periódico para consignar sus trabajos, estudios y averiguaciones, se imprimiría sin costo alguno.

La cita fue el 7 de julio de 1887, a la una de la tarde. Llegaron puntuales con sus sombreros de felpa, corbatas de seda, camisas blancas, chalecos, elegantes

relojes colgados de la leontina y pantalones de paño; los mayores, como Uribe Ángel, apoyados en finos bastones. Se fueron acomodando los convidados de don Marceliano y los convidados de éstos: Francisco Uribe, Alejandro Restrepo, Ricardo Escobar, Rafael Campuzano, Antonio Mendoza, Florencio Mejía... veintiséis en total, casi todos los médicos domiciliados en la ciudad.

Uribe leyó en voz alta la misiva del gobernador. Estuvieron de acuerdo: era urgente unirse para la divulgación de las ciencias naturales, la medicina y la cirugía. Luego de una discusión en la que intervino el diccionario, pues para algunos “academia” resultaba un término un poco pomposo y proponían a cambio que fuera una “sociedad”, nació la Academia de Medicina de Medellín.

El doctor Uribe fue nombrado presidente. Se crearon de inmediato grupos para escudriñar en higiene, medicina, cirugía, obstetricia, medicina legal, terapéutica y farmacia, anatomía y fisiología, ciencias naturales y remedios secretos y se delegó a una “comisión unipersonal” el trabajo del boletín que llevaría el nombre de Anales de la Academia de Medicina de Medellín.

Al regresar a casa, encontró que lo esperaba su hijo Luis G. Quería mostrarle los planos del museo y biblioteca que se construirían en el solar contiguo a la casa de gobierno, asignado por Vélez. Manuel los repasó. Hizo pequeñas observaciones y luego anunció entusiasmado el nacimiento de la Academia. Sacaron las copas y decidieron brindar por los dos hechos: academia y edificio nuevo.

Buscó la caja de sus cigarros y eligió, para Luis, el de mejor calidad y más rico aroma de Ambalema.

—Vamos a invitar a todos los que en Antioquia se dedican al arte de curar para que cooperen con esta labor científica —dijo.

Todos los médicos del departamento recibieron esta comunicación:

“Un poco de buen sentido y amor al bien público basta y sobra para ayudar. El que observe una enfermedad que le parezca rara, envíe comunicación. Acompañe la información con piezas anatómicas, gusanos, cálculos. Remita y haga lo mismo con insectos útiles o dañinos, serpientes, plantas medicinales venenosas o alimenticias, aplicables a medicina o industria”.

Y se recomendaban modos de manejar las muestras: animales o partes putrescibles en frascos con alcohol o aguardiente fino. A falta de éstos, con petróleo. Plantas, en papel secante o caloso, puestas en prensa. Frutos grandes, en miel espesa o aguardiente.

Al poco tiempo no daban abasto para leer, clasificar, discutir y profundizar los reportes llegados por telégrafo. Iban desde consultas sobre si se debía o no operar, como en el caso de un jornalero de 20 años con buena salud que, cuando sacaba tierra de una barranca, se cobijó de la lluvia en la cueva que él mismo había formado, con tan mala suerte que la bóveda, hecha terrones, le cayó encima. Otros querían hacer públicos sus hallazgos: “La mezcla de plátano guineo, aguardiente común y pan de trigo, resulta eficacísima contra parásitos”, escribió Clímaco Suárez.

El día no le alcanzaba a Uribe para contestar todos los porqués que se agolpaban en su cabeza; resultaba corto para comparar informes de aquí y de allá, para dudar, para sondear, hurgar y sacar conclusiones.

—Cuide su salud, Manuelito —le aconsejaban sus amigos cuando lo veían en tan agotadoras jornadas.

—Si no trabajamos con entusiasmo, rápido caerá sobre nosotros la vejez del alma y nuestro cerebro se hundirá en pobreza de ideas y vacío espiritual, la situación más deplorable y espantosa del ser humano —respondía.

Una tarde, mientras tomaba un baño en La Puerta del Sol, un ingeniero, recién llegado a la ciudad, se atrevió a preguntarle:

—¿Cómo hace, don Manuel, para alargar las horas? ¿Cómo en su vida cabe todo lo que de ella es visible? —Y entró en una completa enumeración—: Preside usted sociedades científicas, de beneficencia y literarias; dicta clases, conferencias y pronuncia discursos; no deja escapar detalle en las obras del edificio del museo; le sobra tiempo para estar en casa para atender a quien quiera estar un rato en su compañía, y ahora lo veo, aquí, vigilando si son buenas o no las aguas de estos baños públicos hoy tan de moda.

El médico sonrió.

—Hago lo que me toca —respondió y de inmediato le dio un giro a la conversación:

—Si quiere saber mi concepto sobre estos sitios, le digo que en todos ellos el agua es purísima y el servicio, aunque sencillo, exquisito. Puede usted, sin temor, remplacear los baños de domingo en el río.

La naciente sociedad médica resolvió también la carencia de legistas, que obligaba a la justicia a reclutar galenos a la fuerza para practicar las necropsias. Pronto les llegó el primer caso: un posible infanticidio. En un alegato que duró hasta el amanecer, se dio el dictamen: “La Academia de



Hospital San Juan de Dios, de Medellín

Medicina acepta como cierto que el niño nació vivo; en cambio, no hay datos suficientes para decir que lo enterraron vivo". Lo primero lo comprobaron así: echaron en agua pedazos de pulmón de la víctima y estos sobrenadaron. No encontraron sin embargo prueba cierta que confirmara la sospecha del juez, que pensaba que la madre lo había enterrado cuando aún respiraba.

Una mañana, Manuel y su ayudante se preparaban para ir al elegante barrio Villanueva. Por gozar de un aire más puro, era el sitio preferido para realizar las cirugías. La vispera, había supervisado personalmente que todo estuviera en orden. Eligió el corredor más adecuado, se aseguró de tener agua tibia permanentemente, esponjas, servilletas y demás piezas de curación hervidas y, por si fuere necesario, una taza de café con copa de ron o brandy para reanimar al recién sometido a la litotricia. Estaba también listo un mensajero por si tocaba, de afán, llamar al cura.

Se disponía a partir cuando recibió un telegrama. Venía de Junín. Se solicitaba la urgente acción de la Academia para estudiar un raro padecimiento que afectaba la población: inapetencia, estreñimiento,





Clase de Anatomía. Fotografía: Melitón Rodríguez

abatimiento moral, debilidad e hinchazón en las piernas, muerte en corto tiempo, eran sus señales.

—Mela —llamó Manuel a su mandadero Aniseto Zapata—, avise usted a los doctores que tenemos junta extraordinaria hoy, a las seis, en la casa.

Se decidió que Uribe y el doctor Manuel Vicente de la Roche se encargarían de atender la emergencia. Pronto emprendieron viaje rumbo a Junín.

—¿Y el reloj? —preguntó Manuel, mientras ensillaba a Polión.

De la Roche sonrió; lo sacó del bolsillo del chaleco y lo mostró orgulloso. Era de arena, graduado al cuarto de minuto, especial para tomar el pulso. Partieron y se hundieron en una charla sobre el tuntún, extraña enfermedad que producía atontamiento. De la Roche estaba empeñado en descifrar su secreto.

Como el camino era largo, pasaron al tema que generaba acalorados debates científicos en el país entero: la asepsia. Uribe seguía pensando que daba igual resultado el uso del agua y el jabón, que los vapores y vendajes a la Lister. Y traía siempre a cuento a los

antiguos cirujanos que usaban barberas para cortar y al doctor Fausto Santamaría que prefería, para andar más lentamente, un bisturí mojado en orín. La polémica fue dura y enfrentó a viejos y jóvenes, pero, poco a poco, la idea de que las dolencias se relacionaban con pestilencias y aires pútridos pasó a ser asunto del pasado, y las palabras 'bacilos, virus, bacterias y gérmenes', a ser miradas como origen de muchos males. Los viejos aceptaron finalmente que había que operar en medio de lloviznas antisépticas y se apropiaron de las teorías de Pasteur y Lister.

Luego de sus pesquisas en Junín, Uribe y De la Roche recomendaron hervir el agua para beber.

—Si ya se ha ingerido —aconsejaron—, lo mejor es una copita de buen ron con quina al almuerzo y a la comida. —Recetaron también el tónico de Jaccoud, fabricado con quina, coñac y burdeos.

Dos meses después, desde Anorí llegó aviso de una epidemia con iguales síntomas. El diagnóstico era beriberi. Julio Restrepo se encargó de analizar este informe; ahondó más, comparó con libros leídos tiempo atrás y con datos llegados del exterior. Su observación dejó asombrados a todos: el quebranto nacía de la falta de consumo de legumbres. Los que cayeron enfermos, la mayoría peones, se alimentaban sólo de carne y chocolate. Los sanos comían buena porción de verduras. La Academia recibió el sorprendente estudio con aplausos. Uribe no tuvo reparos en rectificar su juicio inicial y reconocer su error.

Las emergencias en estos primeros años de la Academia se sucedían una tras otra. Pronto enfrentaron un brote de tétano infantil o varillas y otro de disentería.

En las consultas que atendía Uribe en su gabinete escuchaba la misma historia:

—Doctor Manuelito, mi hijo está decaído, no come, presenta crisis de rigidez y espasmos. ¡No deje que se muera! El de doña Esperanza se fue así, rapidito.

Por lo general, todas confesaban que usaban bálsamo de copaiba, preparado en condiciones poco higiénicas.

—Hay que alimentar bien al niño y hacer a diario curaciones estériles con agua limpia —recomendaba Uribe.

—Señor, ¿puedo bañar al enfermo? —preguntaban ya de despedida. El doctor siempre contestaba que sí y les enseñaba el modo de hacerlo.

Luego fueron los caballos y las vacas los que empezaron a morir por una epidemia de carbunco. Dieron pautas para enfrentar la emergencia:



aseo de pesebreras y sepultar a los animales muertos a la mayor profundidad posible. Cercar la sepultura y quemar la hierba que crecía alrededor.

Un académico insinuó entonces que podía ser muy grave que la epidemia llegara al llano de los Núñez, vecino a Niquía, donde pastaban las mulas que tiraban el recién inaugurado tranvía.

—Por el tranvía no se preocupe —interrumpió otro—: primero llega la loca Dolores a Rionegro que el tranvía a la plaza de Berrío. —En efecto, las tercas mulas protestaban: se subían a las aceras, se atravesaban en la mitad de la calle, y los pasajeros, ante tan frecuente desastre, preferían continuar el viaje a pie. Resultaba un suplicio lograr que cumpliera su ruta completa de la iglesia de la Veracruz hasta El Edén, otro de los recién inaugurados baños públicos. Pronto este servicio se clausuró.

Los viejos problemas sanitarios de la ciudad empezaron a encontrar salida. Agrupados en comisiones, unos sondeaban la posibilidad de un manicomio, otros estudiaban dónde quedaría mejor ubicado el mercado cubierto. La urgencia de otro cementerio y un lazareto fue objeto de serias indagaciones. También se dedicaron a la búsqueda de alternativas para evitar focos de infección en las pesebreras, disminuir la venta de alcohol y controlar la prostitución; en todo esto participó Manuel Uribe.

Entre los reportes que llegaban de Antioquia, de Colombia entera y del exterior —porque los *Anales* se convirtieron muy pronto en herramienta de canje de publicaciones científicas—, Uribe clasificaba aparte lo referente a mordeduras de serpientes. Para él, el estudio de la ofidiología era una obligación para con los trabajadores de las minas y “nuestros montañeses”.

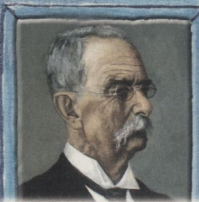
—Cada especie tiene su particular manera de matar —comentó una tarde a Andrés Posada Arango, con quien compartía esta pasión. Posada estaba dedicado a explorar sobre el veneno de las serpientes y las ranas del Chocó.

Por registros y averiguaciones propias y ajenas, los dos sabían que a veces resultaba efectivo el amoníaco, pero en otras parecía inútil. Algunos testimonios hablaban de éxitos en la utilización de la bilis de la misma serpiente en la curación de los mordidos. El propio Uribe, en su época de estudiante en París, examinó las propiedades del cedrón como contraveneno de serpiente y escorpión. Nada comprobó.

—He pensado —dijo— que el local que ha servido hasta ahora de carpintería, en la planta baja del edificio en construcción del museo y biblioteca, debe arreglarse para el mantenimiento de serpientes vivas y para lo concerniente al estudio de sus mordeduras y sus antídotos. —Posada apoyó la idea; pronto la hicieron realidad.



Marceliano Vélez



Andrés Posada Arango



Ignacio Quevedo



Tomás Quevedo Restrepo



Climaco Álvarez

Cuando el edificio de tres pisos del museo estaba casi listo, junto con dos ayudantes, empezó el doctor Uribe la tarea de limpiar, ordenar e indizar los fósiles, las rocas cristalizadas, las armas indígenas, las reliquias, los retratos y las armas, la colección de conchas marinas y la de oro y plata, traídas de las ruinas del pueblo de La Paz de Garrapata, destruido por el río Magdalena. En fin, todo lo acumulado hasta ese momento con la idea de que sirviera como documento para esclarecer la historia o para demostrar la gran riqueza del territorio colombiano.

Aprovechó el trasteo para barrer lo que consideraba ripio. Tulio Ospina se encargó de clasificar el material geológico y de mineralogía. Antes de la inauguración, pidió al gobierno algunas mesas para organizar mapas, planos, esferas y los instrumentos de matemáticas propios para estudios geográficos y de topografía, y solicitó, de ser posible, algo para los meteoros.

En marzo de 1892, el Museo y Biblioteca de Zea abrió sus puertas. Los libros estaban disponibles todo el día; el muestrario de objetos, domingos y días festivos



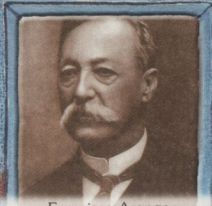
José J. de La Roche



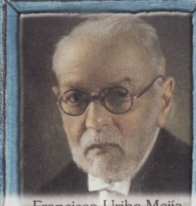
Manuel Uribe Ángel



Juan de Dios Uribe



Francisco Arango



Francisco Uribe Mejía

de 12 m. a 3 p.m. Sólo se violó esta norma cuando un circo de combates de gallos se ubicó en el solar vecino. Era imposible establecer el orden y vencer la curiosidad de los asistentes que preferían agolparse en las galerías para ver las riñas.

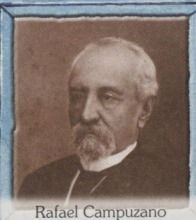
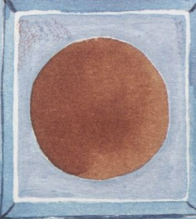
Uribe asumió el papel de director y guía: encorvado, apoyado en su bastón, caminaba por los grandes salones siempre vestido de negro. Sobre el saco caían su cabellera y su barba blancas. El público lo seguía entusiasmado. Su voz, a pesar de los años, seguía siendo vibrante y sonora.

—No puedo explicarme cómo, a esa edad, puede conservar una memoria tan pasmosa y tal dominio sobre sus facultades —comentaban los mayores que lo escuchaban.

Se detenía siempre, con emoción, frente a los cuadros que representaban las luchas libertadoras —le encantaba un boceto de la batalla de Boyacá— y se conmovía, hasta las lágrimas, al explicar los detalles de estrategia militar aplicados en estas contiendas.



Alejandro Restrepo



Rafael Campuzano

Sabía que para atrapar el interés de los pequeños no había nada mejor que el relato de anécdotas: les contaba, por ejemplo, que después de la derrota española en la batalla de Boyacá, Bolívar persiguió a sus enemigos hasta Ventaquemada. A su lado cabalgó siempre un trompetero que hacía sonar su instrumento de tiempo en tiempo. En la noche, mientras reposaba en el rincón de una pieza, el Libertador aseguraba: "El parte de victoria lo debo al sonido del clarín."

Se deleitaba explicando cómo las tropas libertadoras cruzaban los ríos torrentosos. Los soldados, con pequeñas canoas que llevaban amarradas a las colas de los caballos, armaban un puente para el paso de tropas y armamento.

Y les hablaba de Santander, de su figura gallarda, un poco obesa en sus últimos años, y les decía que en los tiempos de la misma batalla de Boyacá le gustaba cantar *Las Emigradas*. Y enseñaba a sus pequeños oyentes estas estrofas:

*Ya salen las emigradas,  
ya salen todas sin juicio,  
con la noticia que trajo  
el coronel Aparicio.*

*Ya salen las emigradas,  
ya salen todas llorando,  
detrás de la triste tropa  
de su adorado Fernando.*

Cuando los tenía embelesados con estos cuentos y cantos, entraba de lleno en las ideas. Detallaba, por ejemplo, las reformas "genuinamente liberales" de Santander. De repente, se detenía en su relato. Miraba con cariño a sus interlocutores, se agachaba para colocar su mano sobre el niño que estuviera más cerca y decía, despacio, con voz de abuelo sabio que suelta pensamientos para jamás olvidar: "Leer, escribir, reflexionar y experimentar; pensar, decidir y rendir culto al amor por la república es el sentido de la dicha".

—¿No lo puede remplazar otro en esta tarea? —preguntó un día, preocupada, Magdalena. Notaba a su esposo muy decaído. Los ojos apenas le servían para ver imágenes borrosas.

—Mi deber es infundir ánimo para que esos muchachos anden con firmeza el camino que conduce a la civilización —respondió Manuel—. Sólo cuando sea incapaz de desempeñar funciones, por un sentimiento de delicadeza, me retiraré.

Su andar era cada día más lento y necesitaba cada vez más del apoyo de su bastón. En la calle lo detenían las madres buscando un consejo, los niños le hacían preguntas de historia o de geografía y lo acompañaban en alegre algarabía hasta la casa. Los pordioseros esperaban en la puerta, seguros de que para ellos siempre habría una limosna. Y sus alumnos, de medicina y geografía, incluidos algunos que ya estaban empezando a hacerse viejos, seguían sus palabras sabias:

—Deben dedicar sus cuidados a los pobres de solemnidad con el mismo esmero con que lo consagran a los favorecidos de la suerte.

Con un cáncer que crecía en su estómago, colaboró para hacerle frente a una de las épocas más calamitosas de la historia de Medellín: la viruela, el tifo, la gripa y la disentería llegaron todas casi a un mismo tiempo cuando se apagaba el siglo.

La Academia ordenó examinar con urgencia las cañerías e investigar con el fontanero si se tenía noticia de algún daño en ellas, pues las aguas sucias se mezclaban con las potables. Muchos barrios carecían de agua buena y algunas de las 439 bombas para sacar el líquido apestaban. Se ordenó consumirla sólo tras larga ebullición, vacunar a grandes y pequeños, y bañarse con agua tibia y jabón.

Se tomaron medidas para impedir que la sal traída de Heliconia, donde también andaba la viruela, se convirtiera en agente transmisor. Los bultos, debían dejarse en retenes donde los recogerían los encargados de Medellín. Se exigió a los dueños de las salinas tener cuidado especial en no admitir como trabajadores a personas no vacunadas o a recientes víctimas del mal.

La población estaba enervada. Un runrún decía que la culpable, al menos en gran parte, de tanto mal, era la sala de disección donde los estudiantes de medicina realizaban sus prácticas de anatomía. Estaba ubicada en la calle del Calzoncillo, entre Palacé y Bolivia. “Los cadáveres y los malos olores, son causa de la epidemia”, comentaba la multitud. Se quejaban de que las aguas sucias se vertían en la vecina quebrada La Loca. El alcalde, desconcertado, amenazó con cerrar el anfiteatro.

—La Loca es un riachuelo muy inmundo —intervino la sociedad médica—, pero si fuesen las autopsias las causantes de tifo, los alumnos habrían sido los primeros en sufrirlo; esto no ha ocurrido. —El escándalo sirvió para que se ordenara la construcción, en el hospital, de un anfiteatro para prácticas de anatomía, cirugía y medicina legal.

Eran tantos los problemas, que la Academia vivía, sin exagerar, en asamblea extraordinaria permanente en los salones de la universidad. Para los

violentos se hizo un hospital provisional en un lugar lo más aislado posible, lejos de vías de comunicación, al abrigo de corrientes atmosféricas y levantado a manera de barracas para ser destruido cuando terminara la epidemia. Para ubicarlo se eligió Fontidueño.

Las visitas se prohibieron. Todo aquél, sano o enfermo, que necesitara ir, debía recibir dos o tres baños con agua tibia y jabón y estaba obligado a cambiar de vestidos antes de dejar el hospital.

Las dolencias golpeaban a ricos y pobres. Medellín se llenó de miedos: "En nuestro barrio hay casos de disentería gravísimos. Yo le tengo tanto horror a ese padecimiento que ni a mi casa voy, pues con el sistema de excusados que tiene ese barrio, es peligrosísima una infección", decía algún pudiente que se daba el lujo de mudarse o pasar una temporada en El Poblado, con un clima menos malsano que el de Medellín.

Los adinerados pidieron que sus contagiados no fueran llevados a Fontidueño. Se les permitió, entonces, permanecer aislados en sus propios hogares, hasta que se secaran completamente las costras. Frente a estas viviendas se colocaba una banderola amarilla y un policía impedía la entrada de extraños.

Las normas eran estrictas: al cuarto del afectado no podían entrar sino enfermero, médico y cura, pero cubiertos del cuello hasta los pies con una gran camisa de algodón de lino. En la habitación no se aceptaba tener tapiz, estera, araña, ni cortina, y únicamente se admitía una cama, una mesa y un taburete. El paciente sólo salía del encierro 16 días después de terminada la escamación. Durante ese período de recuperación debía darse baños jabonosos, de cuerpo entero.

En 1897, el mal continuaba generando estragos. Las vacunas no eran suficientes o no servían. Por temor a que se propagara más y aumentara el dolor, se pidió al obispo suspender todas las procesiones de Semana Santa, igual que vigiliass y abstinencias. Fue duro para una ciudad acostumbrada a la fastuosidad y al recato en los días santos.

## Cuadro número ocho

*Se acercaba el fin del siglo. El teléfono, llegado a comienzos de los años noventa, seguía causando novelería. Los manuales de urbanidad incluyeron un capítulo para enseñar cómo hacer uso del moderno aparato. La luz eléctrica también alumbró a Medellín en ese fin de la centuria: acabó con espantos, como el Sombrerón, un hombre con ruana que recorría las calles los viernes en la noche montado en una mula negra. Las tertulias salieron de las boticas y pasaron a las cantinas y los cafés.*



esde muy temprano, el 4 de septiembre de 1899, Medellín se preparó para la fiesta.

—¡Aquí ! ¡Está torcido! —gritaba un hombre que ayudaba a colocar el templete frente a la Candelaria. Con festones y banderas, otros completaban la ornamentación de la Plaza de Berrio.

—¡Vamos al agasajo del doctor Manuelito, cumple 77 años! —se comentaba de boca en boca en la calle.

Pronto, en la plaza se formó una gran aglomeración. Los hombres, unos atildados y elegantes, con sombrero de copa, chaleco y levita; los más, con los pies desnudos o con boticones y calzones de lienzo. Las mujeres envueltas en muselina o seda esponjadas con miriñaques y encaramadas en zapatillas de alto tacón; las pobres, con sus vestidos de flores y babuchas de cordobán. Unas y otras con coquetos sombreros.

Don Ricardo Restrepo tomó la palabra.

—...Ha sido sacerdote de la ciencia como sacerdote de las ideas... —pregonó con voz fuerte, a los cuatro vientos, al referirse al homenajeado. Cuando

terminó su discurso, la niña María Henao, con su vestido esponjado y su cabeza llena de rizos, se empujó para colgar una medalla de oro al cuello del “anciano blanco”. Con sus ojos que ya no veían, Manuel Uribe lloró. Se agachó, le dio un beso y, con voz entrecortada, recitó:

*Carísima niña mía:  
¿Una medalla me brindas?  
A fe que no se ofrecía  
a Júpiter la ambrosía  
por unas manos más lindas...*

Siguió una retreta con fandanguillos, bundes y boleros dedicados “al más ilustre de los antioqueños”. Cuando la multitud se dispersó, Manuel regresó a su casa apoyado en un nuevo bastón que le regaló ese día la Sociedad de Jurisprudencia; el oro lo donó a la Sociedad San Vicente de Paúl.

—¡Te jodiste luna! ¡De hoy en adelante te vas a tener que ir a alumbrar a los pueblos! —oyó que alguien gritaba.

—Es el loco Marañas —dijo su mujer.

Manuel sonrió al recordar ese personaje guasón y marrullero que andaba por las calles con su sombrero de hongo, persiguiendo a las mulas, pendiente de que dejaran suelta una herradura por el camino.

—Está tan floja que se cae de aquí a la plaza de mercado —decía y corría detrás dando brincos.

Desde junio del año anterior, cuando en medio de jolgorio, con salvas de fusilería, tañido de campanas de todos los templos de Medellín y el himno nacional interpretado por la banda se celebró la llegada de la luz eléctrica, el loco Marañas, en noches de luna, le hacía fieros y morisquetas al astro desplazado.

Caminaron despacio el doctor, Magdalena y el pequeño Guillermo Johnson, que se había convertido en su lazarillo y amanuense. Al atardecer, al salir de la escuela, corría a la casa de Manuel y se dedicaba a leerle durante horas y horas. Cada vez con mayor frecuencia, el anciano le pedía libros religiosos. Guillermo además le escribía las cartas, los mensajes y los artículos que tenía pendientes.

—Busca en el diccionario; tenemos que dar con el término exacto —repetía con frecuencia, pues, aunque no le gustaba sentirse prisionero de reglas, “que detienen el vuelo de las ideas”, jamás perdió la costumbre de enredarse en perezas filológicas. Por ejemplo, escribía ‘riachuelo’ y no ‘quebrada’ desde el día en que consultó esta última palabra y encontró: “tierra desigual y abierta entre montañas”.



No desperdiciaba oportunidad para aconsejarle a Guillermo que de grande, y de cuando en cuando, dejara a un lado lares y penates y se fuera de viaje.

—Viajar —le decía— es un medio seguro de perfección y serenidad de criterio. —Y hablaba de dos sitios, tal vez, los que más amaba: el salto de Guadalupe, “el río manso y retozón se desliza por una roca inclinada con la velocidad del surco luminoso de una centella” y Cimitarra, “nadie imagina la variedad y belleza de los pájaros de este territorio”.

Los rumores de una nueva contienda lo tenían apesadumbrado. No demoró en estallar en todo el país la más larga y sanguinaria revuelta. Una tarde lo visitó Carlos E. Restrepo, secretario de la Universidad. Magdalena les atendió, como siempre, con chocolate y parva.

—Algo le causa pesar, no lo oculte —afirmó, pues con la ceguera había aprendido a conocer, por el tono de la voz, el estado del alma de quien le hablaba.

—Sí; la Universidad fue tomada como cuartel.

—La historia se repite, no aprendemos —exclamó Uribe, y escuchó atento el informe de su amigo.

—Quedó inservible. Contando los daños en la biblioteca, en los laboratorios, en la Escuela de Minas y en el edificio, las pérdidas suman 30 mil pesos. Con ese dinero se hubiera podido arrendar un magnífico cuartel para cinco años. O comprarse uno por ese valor. ¡Dios sabe cuándo se podrán reponer!

—Ojalá —anotó el doctor— que si a alguno le viniere a la mente volver a poner la Universidad de cuartel, entrara antes en estos cálculos.

Y a éste se fueron añadiendo uno y otro golpe. Esta guerra de los Mil Días, que empezó en octubre de 1899, fue fatal también para el museo y la biblioteca. Sus salas sirvieron para alojar soldados.

La noticia peor vino después: la pérdida de Panamá. Se le encogió el alma. En 1890, Manuel, como comisionado del gobierno de Antioquia, había estado en la inauguración de los trabajos del canal. No soportó ver a su patria mutilada y envilecida.

“Esa desgracia lo anonadó, consumió el resto de sus fuerzas y acabó por quitarle la vida. Desde entonces quedó profundamente triste, y triste vivió hasta su muerte”, escribió su amigo Luis E. Villegas.

Lo único que lo alegraba eran los juegos y las caricias de su nieto de adopción, Luis Bernardo Johnson: “Si se prolongase mi vida, me alejaría un poco más de los hombres para poder acercarme más a los niños”, afirmaba.

Poco a poco, las molestias del mal de estómago redujeron sus salidas de casa. Sus conocidos aumentaron las visitas. Lo enteraban de las noticias literarias y políticas y lo tenían al día de los progresos de la ciudad, que llegaba casi a los 40 mil habitantes. Supo de la inauguración de la sala de operaciones en el hospital San Juan de Dios, la primera que tuvo el país. Tenía grandes vitrales para que se viera la naturaleza. La pintaron de azul porque creían que con este color no se asentaban los mosquitos.

Supo también de la última excentricidad de su amigo y socio en negocios mineros, Coroliano Amador. Había importado, con chófer incluido, un automóvil. Jamás pudieron ponerlo en marcha en las desniveladas calles de la ciudad.

En marzo de 1903, recibió un mensaje de la Academia Colombiana de Historia: lo nombraban miembro correspondiente. Dictó a su amanuense esta respuesta de agradecimiento:

“Por efecto de mi avanzada edad y de mis males habituales, mi poca inteligencia se ha debilitado mucho. Yo no veo para leer y compulsar documento; no puedo escribir para redactar bien y, por tanto, desconfío mucho de poder ser útil a esta ilustre Academia. Haré, sin embargo, todos los esfuerzos posibles para corresponder en parte a la muy elevada distinción”.

Nueve meses después, un 3 de diciembre a la una de la tarde, se hizo en la casa de Manuel la primera reunión de la Academia Antioqueña de Historia. Se reunieron alrededor de su lecho de enfermo y lo nombraron su presidente.

El 15 junio del año siguiente llegó, al atardecer, Manuel A. Lalinde.

—Hoy necesito un favor especial —pidió Uribe—. Quiero escuchar apartes de este escrito. —Y le pasó el relato del viaje de Medellín a Bogotá, por allá en 1862, que publicó en forma de cartas. Muchas veces le hizo repetir este párrafo:

“Hemos pasado el río Guarinó, por un puente detestable y expuestos a no pocos peligros. Pero sea como fuere, ya estamos en la posada dispuestos a entregarnos a un sueño reparador.” Muy avanzada la noche, Lalinde se retiró y dejó a Manuel notoriamente agitado. Al día siguiente entendería el porqué de ese capricho: al amanecer había muerto Manuel Uribe Ángel, su amigo del alma.

El telégrafo pregonó por todo el país la noticia de duelo: ¡Antioquia había perdido al más notorio de sus hijos, el maestro de todos! Magdalena lo vistió con el sayal de los religiosos carmelitas y sobre el pecho le colocó un crucifijo, para cumplir con su postrer deseo.

## Cuadro final

*Eran las 9 de la mañana de un día de septiembre de 1904. Alguien tocó a la puerta de la casa de dos pisos, ubicada a medio camino entre el puente Palacé y la Candelaria. Enriqueta dejó a un lado la pilada del café y se apresuró a abrir.*



ara doña Magdalena —dijo el hombre y le entregó un sobre lacrado. Enriqueta corrió a entregarlo a su señora. No la encontró en el costurero.

Desde que murió Manuel, ella permanecía encerrada días enteros en el estudio de su esposo. Era la única manera de espantar la soledad. En silencio, le pareció muchas veces que hablaba con él.

Rasgó el sobre y leyó. Era de Julián Páez; se disculpaba por la demora en enviar esas líneas de condolencia por la muerte del amigo. “Ciego, solo, casi abandonado me hallo; me es difícil conseguir un amanuense”, explicaba.

Y unos renglones más adelante, a manera de consuelo, transcribía lo que Manuel le había escrito siete meses atrás, hablando de Magdalena: “Ella ha sido mi ángel de consuelo y caridad, y a su bondad debo esta tranquilidad que disfruto en medio de desazones y angustias que cercan mi existencia actual. La he amado mucho y la amo más cada día”. La carta quedó empapada en lágrimas.

Cuando pudo, la dobló y la guardó en el baúl destinado a los tributos que había recibido su esposo después de muerto. Hizo rápido una cuenta: más de cien cartas de todo el país y algunas del exterior.

—Ojalá —pensó— alcance yo a ver alguno de los bustos y óleos que me han anunciado.

Había doblado en orden y estaban allí los lazos de 210 coronas fúnebres. Cerró los ojos y se vio caminando detrás del féretro en medio de ese eterno desfile en que se convirtió el entierro de Manuel: marcharon niños y niñas de colegios y escuelas, los alumnos de la universidad, el gobierno y sus secretarios; los militares, los jurisperitos, los miembros de todas las sociedades de Medellín. La Candelaria, la plaza de Berrío y las calles contiguas no alcanzaron para dar albergue a tanto gentío. Recordó las salvas de ordenanza, la orquesta y las voces entonando el responso y el rosario de discursos.

Dejó a un lado los honores mortuorios y abrió una petaca donde estaban guardados, los reconocimientos otorgados en vida. Éste le gustaba más; el pergamino que le dio la Asamblea Legislativa por dictar clases sin remuneración y por sus servicios en cuestiones de límites. Recordó a Manuel esculcando papeles, hurgando archivos, desempolvando mapas y títulos reales, cada vez que un pedazo de territorio de su querida Antioquia se veía en peligro por pleitos con los vecinos.

Conservaba también las cartas, como la del general Pedro Justo Berrío nombrándolo en la junta directiva del hospital de Caridad; y sus discursos y conferencias. Uno de sus preferidos era el de la fiesta de los 200 años de Medellín. Fue magnífica. Manuel se refirió a “la ciudad blanca de los Andes”. Lo mismo ocurrió cuando sonaron las campanas del último día de fin del siglo XIX. Ya ciego, habló sobre el teléfono, el telégrafo, la luz eléctrica, el fonógrafo, la fotografía y las teorías sobre microbios como grandes conquistas del espíritu humano en esa centuria.

Magdalena sacó por último la colección de sus artículos, tratados científicos y debates publicados en periódicos y revistas nacionales e internacionales. Los desdobló uno por uno. El estudio sobre la lepra; una historia sobre la medicina en Antioquia, que presentó a la Sociedad de Medicina y Ciencias Naturales de Bogotá. Se entretuvo en uno de los párrafos finales de este último: “Tengo lo bastante para quedar satisfecho con la suerte que me ha tocado sobre la tierra”.

Revivió una tarde, muy recién casados, en que Manuel decidió escribir de todo, no sólo sobre ciencia. “Fatiga tanto que la labor se torna difícil y

enfermiza", le anunció y empezó a dedicar tiempo a las cosas pequeñas: las anécdotas, las picardías infantiles, los cuadros de costumbres, "para reposar el espíritu y no fatigar la mente".

Echó un vistazo a las novelas: *La Serrana*, la más importante; cuentos y toda clase de manuscritos.

—¡Fue admirado y querido por todos! —pensó Magdalena llena de orgullo al concluir el repaso. Se asomó a la escalera y llamó:

—¡Enriqueta, un vaso con leche! —Era ya el anochecer. A esa hora, durante los 50 años que vivieron juntos, Manuel siempre le dijo—: Mujer, es hora de encender las velas.

Se sentó en la mecedora y se durmió. Así la encontró la criada al día siguiente: con los ojos cerrados y con una sonrisa de amor en los labios.

"Doña Magdalena, la esposa del doctor Manuelito, se murió anoche de amor". fue la noticia que corrió, de boca en boca, esa mañana por todo Medellín.

*Diciembre, mes hecho de luz y de cielo azul celeste para los bogotanos, vio nacer este libro, bajo el cuidado de Tres Culturas Editores, en los Talleres de Panamericana Formas e Impresos. Larga vida a la memoria de don Manuel Uribe Ángel en la inteligencia de sus lectores.*

## AGRADECIMIENTOS

*Esta historia es una recreación libre basada en los manuscritos de Manuel Uribe Ángel, crónicas de la época, estudios del siglo XIX y de la medicina en Colombia y en amenas tertulias con conocedores del tema.*

*A Santiago Suárez quien me acompañó durante toda esta maravillosa aventura.*

*Agradezco a todas las personas que, de una u otra forma, me colaboraron en esta tarea. Laura Vanegas, Magdalena Arango, Marta Lozano, Arturo Guerrero, Natalia Lozano, Stella Ríos, Beatriz Helena Robledo.*

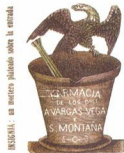
*A los que compartieron generosamente conmigo sus conocimientos sobre la vida de este sabio hombre: Tiberio Álvarez, médico e historiador; Fernando Serpa, médico e historiador; Roberto Luis Jaramillo, catedrático e historiador; Alberto Mayor Mora, catedrático y escritor; Clara Guillén, directora Archivo Histórico Universidad Nuestra Señora del Rosario; Carlos Velázquez, periodista, Museo de Antioquia; Miguel Escobar, Biblioteca Piloto de Medellín.*

*Y a las siguientes instituciones que me abrieron sus puertas: Academia Nacional de Medicina, Academia de Medicina de Medellín, Biblioteca Facultad de Medicina Universidad de Antioquia, Archivo Histórico de Antioquia, Museo de Antioquia, Centro de Historia de Envigado.*

*Los errores son míos, no de ellos.*

PSICAR LOZANO





RESPONDA PENSAMENTE EL DOCTOR MONTAÑA

Ventas por mayor y por menor de drogas y medicinas francesas.

DEPARTAMENTO DE FARMACIA - RESERVA DE FARMACOS

ESPECIALIDAD DE BOTIQUINES

PARA FAMILIAS Y PARA ESCOLARES DE GRADOS CALLES

De niño Manuel Uribe Ángel se trepaba a los árboles, perseguía el vuelo de los pájaros, se embobaba con un atardecer y con las formas y colores de las hojas. De grande mezclaba la contemplación científica con la contemplación estética. Duraba horas y horas mirando las arrugas de una montaña y horas y horas investigando si una planta era útil para aliviar un dolor.

Fue médico, cirujano, historiador, botánico y escritor de sus observaciones científicas como geógrafo, hombre de laboratorio, clasificador de plantas y eterno caminante.

No hubo progreso médico en Antioquia al que no estuviera vinculado este hombre al que llamaron sabio.

Pilar Lozano, autora de la obra, nació en Bogotá. Actualmente es corresponsal en Colombia del periódico *El País*, de España. Sus libros *Socaire y el capitán loco* y *Colombia mi abuelo y yo*, fueron editados originalmente por Carlos Valencia Editores, y reeditados por Panamericana Editorial. Pilar forma parte del núcleo de escritores para niños y jóvenes más representativo del país.

CENTRO DE DOCUMENTACIÓN



01005033

COLCIENCIAS